

# El Ruedo



150  
1  
Pts



**Bombita toreando de capa.**  
(Dibujo de Perea)

# El Ruedo



EN ESTE NUMERO:

## TIENTA DE RESES BRAVAS EN MATILLA DE LOS CAÑOS

El ganadero salmantino don Alipio Pérez T. Sánchez y el diestro Vicente Barrera, en un descanso en la faena campera celebrada en la finca del primero.

(Foto MARI)

(INFORMACION EN LAS PAGINAS 4 Y 5)

# 4 cables históricos para el toreo



## ANTONIO BIENVENIDA EN MEJICO

México - 12 febrero.

Madrid. Manuel Mejías Bienvenida.  
General Mola, 3.

Corrida Trapuata suspendida lluvia.  
Toreo México 18-25. Te brindo orejas México, domingo. Besos, abrazos.

Antonio Bienvenida

Madrid, 16 febrero.

México, D. F. Antonio Bienvenida.  
Prim, 112, sexta calle Departamento, 1.

Recibido las dos familias muy bien.  
Sigues tu ruta con talento, no te esfuerces para nada, tu serás siempre Antonio Bienvenida. Miles besos, abrazos.

Manuel Mejías

México, D. F. 26 febrero.

Manuel Mejías Bienvenida. General Mola, 3.

Como Dios es muy grande, realicé las dos faenas más grandes de mi vida; como te brindé, se las corté a los dos toros. VIVA ESPAÑA. Contentísimo, abrazos, besos.

Antonio Bienvenida

México, D. F.

Antonio Bienvenida. Prim, 112, sexta calle Departamento, 1.

Para qué decirte nuestra alegría. De tu hombría, casta y vergüenza nadie puede dudar, y el que dude..... Perdió.

Miles besos, abrazos.

Manuel Mejías



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -+ Madrid, 28 de febrero de 1945 -+ Núm. 38

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Nunca ni en lugar alguno faltan voces sensatas que se alcen para proclamar la verdad, esa verdad que se escabulle —o que se confunde— entre la algarabía de resúmenes, toros chicos, toros jóvenes, cábalas, pronósticos, etc., etc., con que atornamos, cada uno con su pluma, el ocio invernal. Esa verdad, casi totalmente birlada a los aficionados españoles, la acabo de encontrar, como eco de mis propias palabras, en unas revistas mejicanas: *La Fiesta y La Lidia*.

Por la primera se sabe, a través de un artículo titulado «La publicidad de los toreros», que los diestros españoles que fueron allá no pudieron hacerse propaganda alguna, mientras que acá se la hicieron y se la siguen haciendo no sólo los que vinieron en la temporada última, sino los que han de venir en la presente. (Quede al juicio del lector el comentario.)

La segunda remachó este clavo, diciendo que los apoderados mejicanos dieron —voy a copiar textualmente— «la puñalada traperera a los toreros españoles prohibiéndoles hacer publicidad, para que así los caciques taurinos mexicanos pudieran aprovecharse de la velocidad que da la inercia en contra de los toreros españoles, que, invirtiendo los hechos históricos, nos han dado oro puro a cambio de tejitos de plomo».

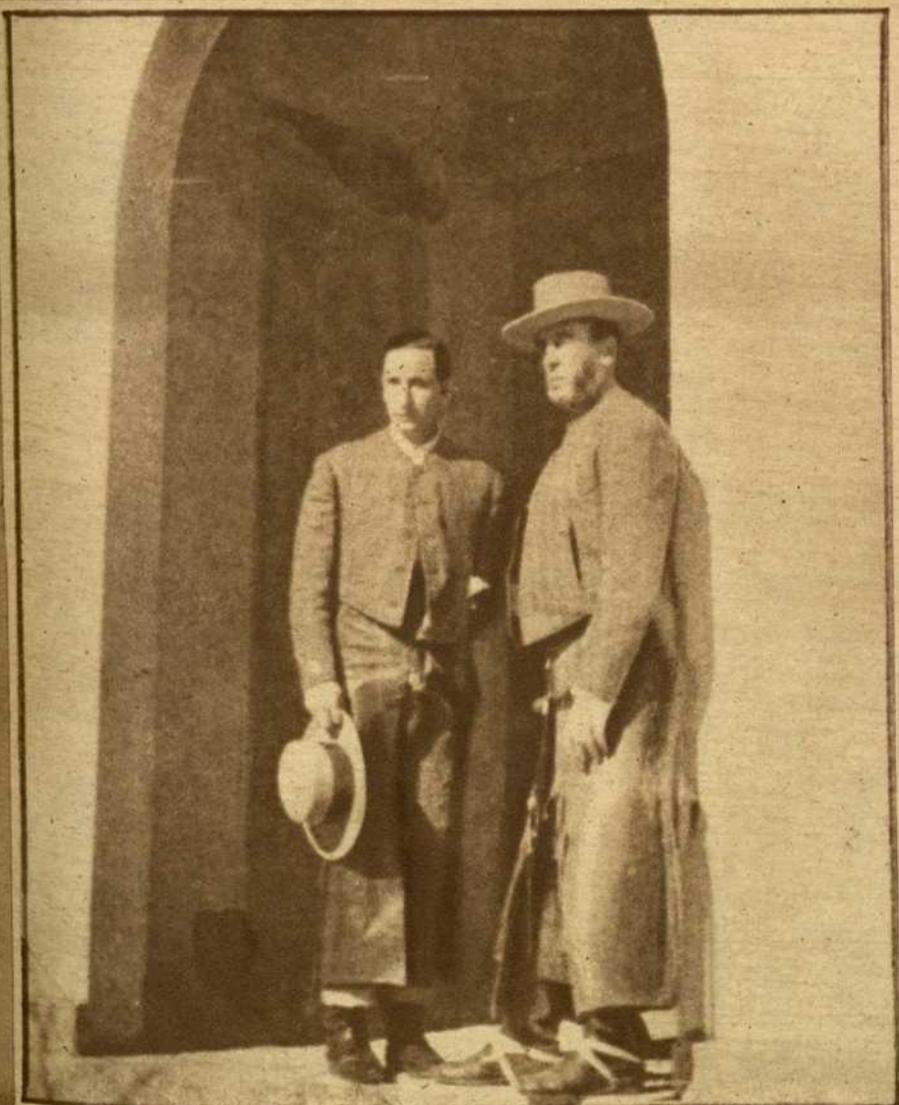
Pero aun ahonda más en temas de índole más espiritual cuando escribe: «Después, a nuestras vestales patriotas se les ocurrió, en forma por demás graciosa, el que en la catedral taurina —llama el cronista catedral a la Plaza del Toreo— confirmara lo que se había hecho en el Vaticano taurino —la Plaza de las Ventas—, y con amenaza de bronca, con franca coacción, que casi podría llamarse de otra manera, se obligó a Empresa, Autoridades y toreros a hacer esa pequeña tontería de la cesión de trastos, que ha humillado a los toreros españoles.»

Por otra parte, dice *La Lidia* en el mismo artículo: «... Hay solicitudes de visados para ir a España en abundancia, en terrible abundancia. Van a más de treinta y cinco matadores entre alternativados y novilleros; es decir, que se va a multiplicar el número de los toreros españoles que vinieron a México por seis, y esto tiene que alarmar a los toreros españoles, aun a las Autoridades de España, porque además de esos treinta y tantos matadores, hay que contar con unos cuarenta y tantos subalternos a cambio de los diez hispanos que nos vinieron esta temporada.»

Pero lo más sustancioso del sustancioso artículo es la conclusión de que ellos —los mejicanos— deberían haberse conducido de muy otro modo para evitar pugnas y despejar nubarrones; deberían haber sido —no me resisto a copiar— «cautos y prudentes, para hacer que este arreglo, bendición para los toreros mexicanos —esté subrayado es mío—, no se venga abajo, perjudicando a todos, incluso a la economía taurina mexicana, que necesita de la inyección de sangre hispana para que no haya descompensaciones.» (Esto no es preciso subrayarlo.)

Y ahora digo que este «pregón» —como habrán visto ustedes— está, en su mayor parte, escrito con plumas ajenas, con plumas mejicanas; pero nadie me negará que resulta un buen «pregón» para la temporada en puertas. Y más que un «pregón», un bocinazo a empresarios, diestros, subalternos y aficionados.

Es, sobre todo, un bocinazo especial para los incautos ilusionados con el brillo de las competencias artísticas, que no piensan otras cosas dignas de pensarse.



EN ESTE NUMERO:  
TIENTA DE RESES BRAVAS EN MATLLA DE LOS CAÑOS

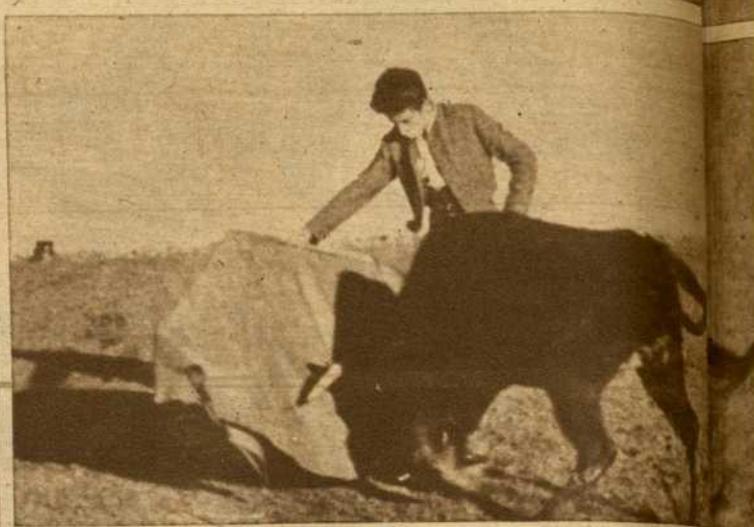
El ganadero don Alipio Pérez T. Sanchón y el diestro Vicente Barrera, a la puerta de la finca del primero, en un descanso de la fiesta campera celebrada en aquella dehesa salmantina

(Información en las páginas 4 y 5.) (Fots. Mari.)

# Tienda de reses bravas en la ganadería de don Alipio Pérez T. Sanchón, en Matilla de los Caños



El ganadero salmantino don Alipio Pérez T. de Sanchón, acompañado de sus hijos Ricardo, Alipio, Fernando, Javier, Ignacio y Julio



Cagancho (hijo) gitaneando con la muleta



En la finca de Matilla de los Caños, Vicente Barrera, charlando con el futuro novillero Fernando Pérez Tabernero

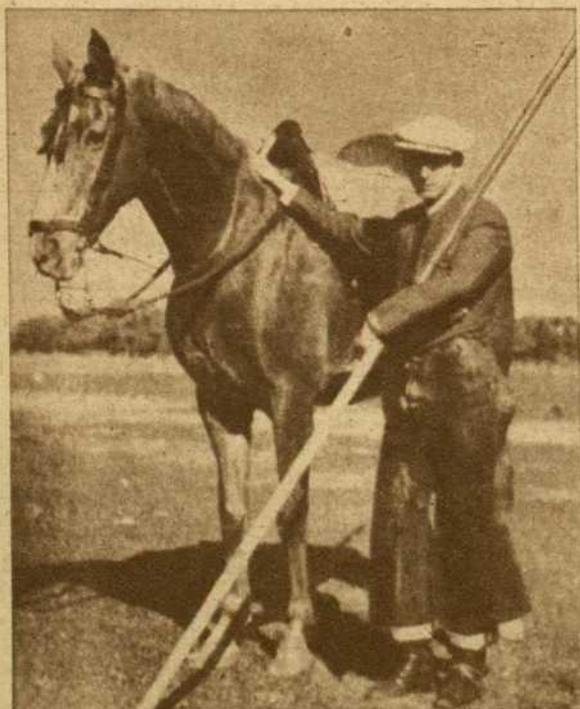
EN las primeras arrugas en que termina el valle de Matilla de los Caños del Río, cuesta arriba y cara a la Peña de Francia y a la Sierra de Béjar, donde ya se acaba la campiña agrícola y el terreno propio para las merinas y el caracul, está Monte Espeso, magnífica finca ganadera, donde pastan los toros bravos salmantinos. En relativo corto espacio de tierras, por entre encinares, carrascas y robles, pueblan tres ganaderías famosas. La de Graciliano Pérez Tabernero y la de sus hermanos Alipio Pérez T. Sanchón y Antonio Pérez de San Fernando.

Estos días, que más que inviernos diríanse de cálidas primaveras, están discurriendo en la campiña charra, entre fiestas y faenas corpeas, a las que asisten lo más florido de la ofición taurina y de la torería. Últimamente, en Monte Espeso y en Galleguillos, don Alipio Pérez T. Sanchón ha congregateado a un grupo de sus amigos, entre los que se encontraban varios aficionados y los toreros Vicente Barrera, Pepe Guerra y Cagancho (hijo). En honor del primero se celebró una fiesta agradabilísima, de acoso y derribo en campo abierto, y una fase de tienda de hembras.

En la primera lucieron sus dotes de grandes caballistas, a más del gana-



Vicente Barrera, en un pase natural con la izquierda



Vicente Barrera, en un descanso de la faena de acoso y derribo, en campo abierto



El ganadero don Alipio Pérez Tabernero, con sus hijos e invitados, discute con Cristóbal Becerra las incidencias de la faena

# Fiesta de campo a la sombra de los encinares salmantinos



Pepe Guerra, en un pase en redondo con la derecha



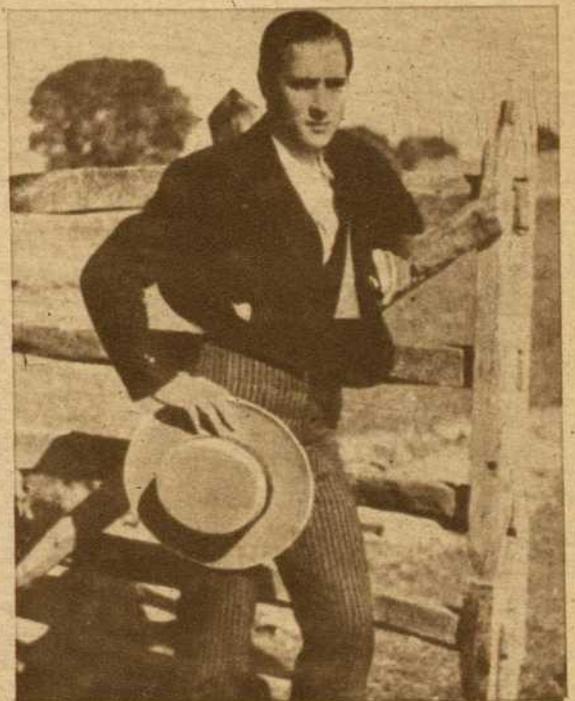
Arropadas por los cabestros, y con gracia y sol andaluz, se hace en la campiña charra el encierro de las reses destinadas a la tiente



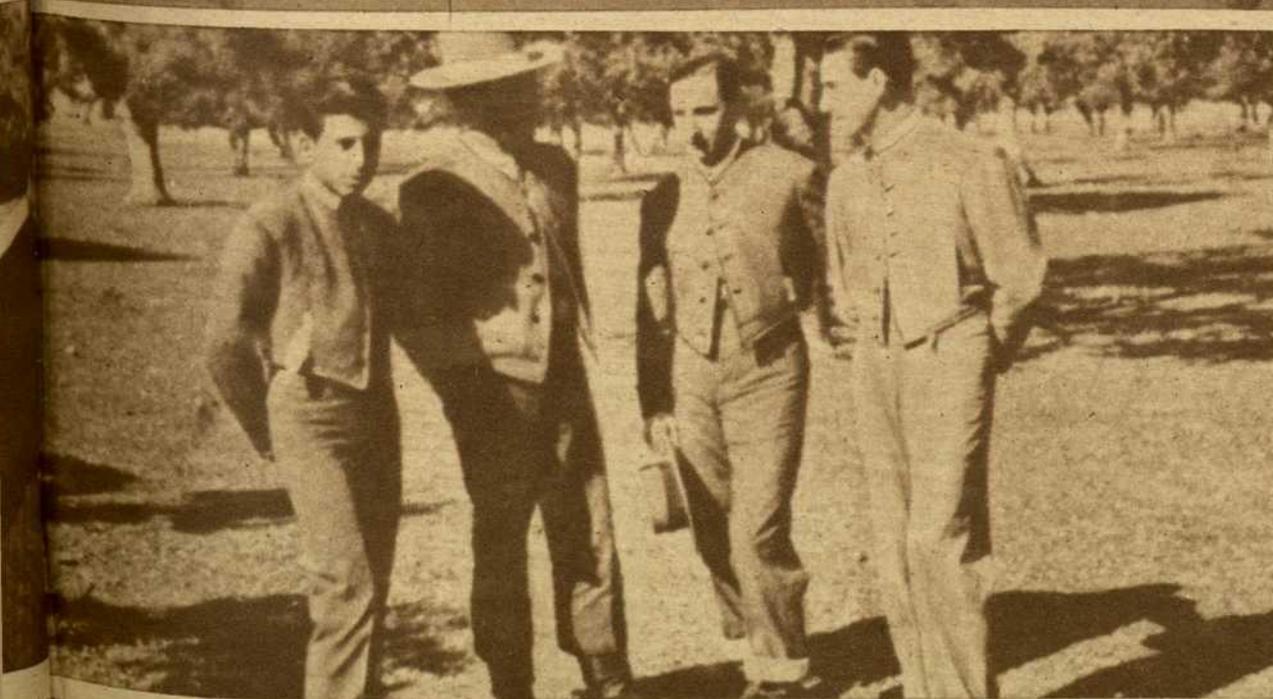
Fernando Pérez Taberner, toreando por naturales.

dero, sus hijos y alguno de los invitados, y en la segunda pusieron cátedra de toreo, que no otra cosa que una escuela de bien torear es la finca de don Alipio, Vicente Barrera, Fernando Pérez Taberner, Pepe Guerra y Cagancho (hijo). El maestro valenciano, que fué el profesor de esta cátedra, dió lecciones de bien lidiar a la gente nueva, y todos fueron muy aplaudidos por su arte, gracia y valor.

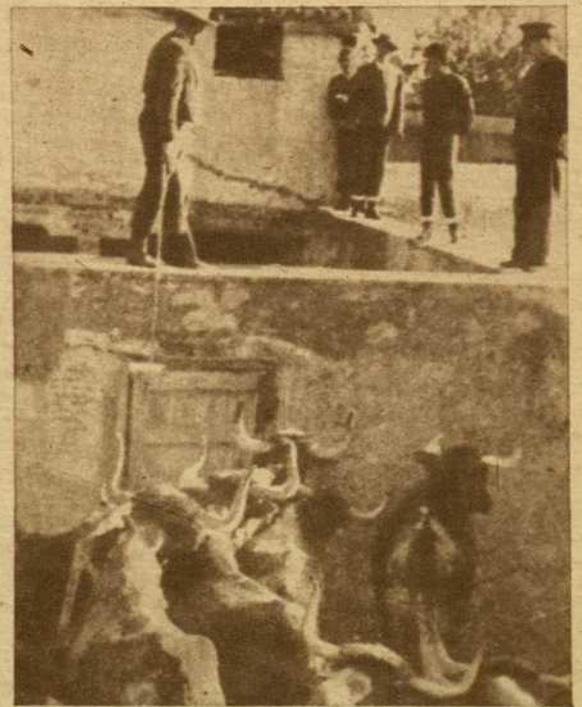
La faena es bonita. La tiente se va desarrollando entre la alegría de una fiesta. Vicente Barrera, sobrio y seguro, lleva con un solo capotazo, de uno a otro tercio, a la vaca. De pronto, la placita roja quinda cobra aires de corrida, ora por la intervención de Fernando Pérez, ora de Alipio, de Pepe Guerra o de cualquiera de los hijos del ganadero, ya que todos intervienen y todos saben torear. La fiesta sube de tono cuando el maestro de Valencia tora con el capote a la becerria entrepelada, por cuya piel chorrea la sangre de los puyazos, y es el milagro de la medig verónica belmontina, el trazo firme con que el che subraya y rubrica en el parche del ruedito, que dora el sol primaveral, el listismo de su arte levantino.



Fernando Pérez Taberner luce su empaque ganadero y torero



ganadero posa para EL RUEDO con el maestro valenciano Vicente Barrera y los novilleros Pepe Guerra y Cagancho (hijo)



Con el mismo ritual que en las corridas de toros, el ganadero atiende al enchiqueramiento de las becerrias. (Fots. Mari.)

¡DURO, DURO!...



Por EL CACHETERO

ESTA crónica va a tener dos partes. Vaya la primera para decir que, por este año, las esperadas declaraciones de los propósitos de la Empresa de Madrid nos han disgustado menos que lo que esperábamos. Es decir, gustarnos no nos han gustado nada; pero por lo menos la cosa va clara y sin equívocos y la franqueza si comienza a gustarnos. Mi comodidad lo lamenta, porque otras declaraciones como las del pasado año, con aquel su estribillo de «todas las ganaderías y todos los toreros» nos hubiesen facilitado unas críticas muy divertidas. Pero la formalidad se ha impuesto y así las declaraciones iniciales han sido modestamente reveladoras de lo que va a

ser una temporada monótona, mediocre y francamente defensiva. Tenemos —dicen— a Fulano, Mengano y a unos cuantos fulanitos. El asunto está cada vez difícil —y ahí sí que les asiste la mayor parte de razón— e iremos defendiéndonos como se pueda. Aquí se caza, por lo visto, a la Empresa, apostillamos nosotros, y tal sistema de caza no es el más a propósito para épocas en que, por difíciles, hay que moverse tras el objetivo. Bueno, pues ya sabemos a qué atenernos.

La crítica va a aguzarse sólo por un lado. Uno, no demasiado inmerso en las lides de bastidores, sospecha que tal actitud prudente, escéptica y modosa, habrá de ser forzosamente la de muchos a quienes no respalde el prestigio de la Plaza de Madrid. Nos parece, no sé por qué, que estamos asistiendo a un curioso fenómeno y es que la Empresa de Madrid, que sabe que el mundo taurino va pisando cauces cada vez más difíciles, no ha pensado jamás en intervenir en ellos con el peso de su prestigio, alcurnia e historia. No lo viene haciendo desde hace mucho, y ahora se halla en el trance de que el tal prestigio se encuentra tan mustio y oxidado que cualquier pelagatos vestido de luces se lo salta con más aire que las tablas del callejón. Así está, venida a menos, pasiva y en espera de lo que resulte, que tanto ella y yo deseamos que sea muy bueno, pero que no extrañará nadie que sea tan rematadamente malo como la temporada anterior. Hoy por hoy, la Plaza madrileña está al servicio de la conveniencia taurina y no al contrario, que sería ley de buena Empresa e ilusión de eso que se llamó la afición de Madrid.

Toros cuando se pueda y muchos rellenos de novilladas. De los más famosos diestros ultramarinos «no se tiene noticia oficial» de su existencia. Manolete —a medias con las benéficas— salvará unas fechas y relleno por todos los lados. Curiosamente, cuando todo el mundo está de acuerdo en que este año va a ser aciago para las novilladas, por falta de materia prima, aquí sospechamos que habrá muchísimas. Fíjense ustedes qué desastre de sucedáneos vamos a soportar por este lado. Pero, en fin, la Empresa, al menos, no nos ha concedido el derecho de hacernos ilusiones. Lo siento por muchas cosas y una de ellas es porque la Empresa, o algunas de sus cabezas visibles, deben ser personas encantadoras para el frato. Algo les gustarán los toros, creo yo, y desde luego les entusiasma el «bel canto» tanto como a mí. En el fondo, sobre tantas coincidencias, quizá estemos de acuerdo también en el augurio pesimista de la próxima temporada, en que si no salta la fiebre nace ya muerta de aburrimiento.

\*\*

La segunda parte es corta y bien personal. Ya sabrá el que me lea que estaba un poco cansado de todo esto. El otro sábado me encontré con un mi médico, muy aficionado.

—Amigo Cachetero, le leo a usted y tiene mucha razón. ¡Duro, duro!

No había pasado media hora cuando otro excelente amigo me repetía:

—¡Hay que seguir diciendo eso! ¡No te canses! ¡Duro, duro con todo!

Bueno, pues aquí estoy. ¡Duro, duro!



DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

FEBRERO

28

MIERCOLES

Así como en el fútbol hay «hinchas», en el toreo, desde mucho antes, hace siglos, existe la «cátedra». No hace falta sufrir examen para lo uno o lo otro. Basta con ser apasionado, gritar y hacer aspavientos visibles. ¡Y es lástima! Porque... vamos a ver: ¿Contestarían muchos «catedráticos» si uno de los miembros del tribunal calificador preguntase: «¿Ocurrió algo el día 28 de febrero de 1885?» Seguro que el examinando pondría la cara que debió de tener el bobo de Coria. ¿Sabe usted que aquel que se llamó José Hernández y Gómez nació y murió tal día como hoy en Sevilla, a consecuencia de una cornada sufrida en Castillo de los Guardas?... A usted quizá le parezca poco importante. Pero sepa que Parraíto pasó las moradas junto al Espartero, en sus primeros pasos hacia la gloria, y esto es suficiente para que, desde que comenzó el toreo, no haya otro 28 de febrero digno de mención que el de 1885.

¿Y el 1 de marzo de 1903? ¿Qué sucedió?... Pero, ¿tampoco lo sabe?... Pues es relativamente reciente... Se presentó en Madrid Lagartijo Chico, sobrino y del mismo nombre y apellido que el gran Rafael Molina... Me río porque al llegar a Madrid, una noche lo llevaron al Real. En un entreacto, Rafael y el amigo que le acompañaba bajaron al vestíbulo. Nuestro hombre se fijó en los alarmantes escotes de las señoras y señoritas y preguntó, ingenuo: «No desisté que había que venir tan vestio? Pos esas señoras están enseñando hasta er mentío...» Para empezar en Madrid, sufrió una gran cornada en el pecho. Pareció que iba a llegar lejos y terminó de sombrerero en Granada, donde nació.

Continuaría el examen, y el catedrático tendría que añadir:

—Tampoco es fácil que sepa que el 2 de marzo de 1915 murió Valdemoro, de quien, bajo una caricatura, el año 1889, se escribió en el «Toreo Comico»: «No es matador de toros, sino goza de simpatía... mas se van todos los días algunos que valen meno...» El pobre tuvo muchos triunfos... en América. ¡Lo mismo que hoy, que ayer y que hace un siglo! Murió en un hospital.

El examinando, mientras, escucharía complacido. «El catedrático resultaba un castizo. ¡Como debe ser!» Ya no se preocuparía de él y continuaría:

—Pasemos al 3 de marzo. Este día del año 1895, «Telillas», que fue un buen picador, sufrió en Madrid la fractura del húmero. El toro que le hizo tal desgastado se llamó Molinero. Tomó Telillas la alternativa como picador de toros en una corrida en la que alternaron Lagartijo y Frascuelo con el Dentes. En 1901 accedió a la presidencia de la plaza. Tampoco yo sé más de él.

Refiriéndose al 4 de marzo de 1923, el presidente del tribunal hablaría así:

—¡Hombre! Este día murió en Córdoba el padre de nuestro Manolete. A su vez, fue hijo del banderillero Manuel Rodríguez, hermano de Bébe Chico y sobrino del desgraciado Pepete. Fue uno de los toreros más finos que salieron de la ciudad de los Cañías. «Clásico y puro» era su toreo. Primero usó el Frascuelo por apodo. Debutó como novillero en Madrid el 12 de julio de 1903, con Bienvenida y Cocherito. El 15 de septiembre de 1907 tomó la alternativa en Madrid de manos de Machaquito. Siempre anduvo delicaducho de salud, y ésta fue la causa de su eclipse. ¡Descanse en paz! Y ahora —continuaría el catedrático—, al evocar el 5 de marzo de 1786, en que nació, mencionaremos de pasada a Juan Mateos, quizá el varilarguero mejor de la época de José Cándido, José Antonio Baden y El Sombrerero. Juan Mateos murió a consecuencia de una caída de caballo en la Plaza de Madrid, el 26 de septiembre de 1844.

Al llegar aquí, el catedrático fijaría sus ojos en el asustado y presunto compañero.

—Si sabe usted esto —le diría—, se salva. ¿Quién nació el día 6 de marzo de 1862?... Pero, hombre de Dios, ¿es posible que tampoco sepa quién fue Rafael Guerra y Bejarano?

—¡Guerrita!

—Sí, hombre, sí, Guerrita. ¡Tan digno de estatua como sus paisanos Séneca, Luciano, el Gran Capitán, Lagartijo y Manolete! ¡Guerrita! —añadiría, con acento caliente y enfadado—. Guerrita, que indudablemente, ha sido el torero más completo que ha existido desde que nació la fiesta nacional. Porque tuvo que luchar como banderillero con el recuerdo de Gordito y Lagartijo y frente a los méritos de Regaterín, Punteret, Ostión y Barbi. Guerrita, que, ya como torero, tuvo que emparejarse con Lagartijo, Carancha y Gallito. Y que para ganarles la partida con el estoque, aun hubo de vérselas con Salvador, el inmenso, y con Mazzantini, de quien por aquella época decían que era el cólera... Primero se llamó Lloverito. Tomó la alternativa el 29 de septiembre de 1887, de manos de Lagartijo... —Después de matar 2339 toros en 892 corridas—. Se retiró al terminar las ferias del Pilar, en 1899. ¿Ha leído usted hace poco su muerte, y no se ha preocupado de su vida?... ¡Vaya, vaya con Dios!... «Yo apruebo a todo el mundo —diría para terminar el catedrático—; pero será usted como los demás!»

MARZO

6

MARTES

## HABLA FARNESIO

# Treinta y nueve años de picador de toros

"La "carioca" y el "tiovivo" son la antítesis del buen arte de picar reses bravas"

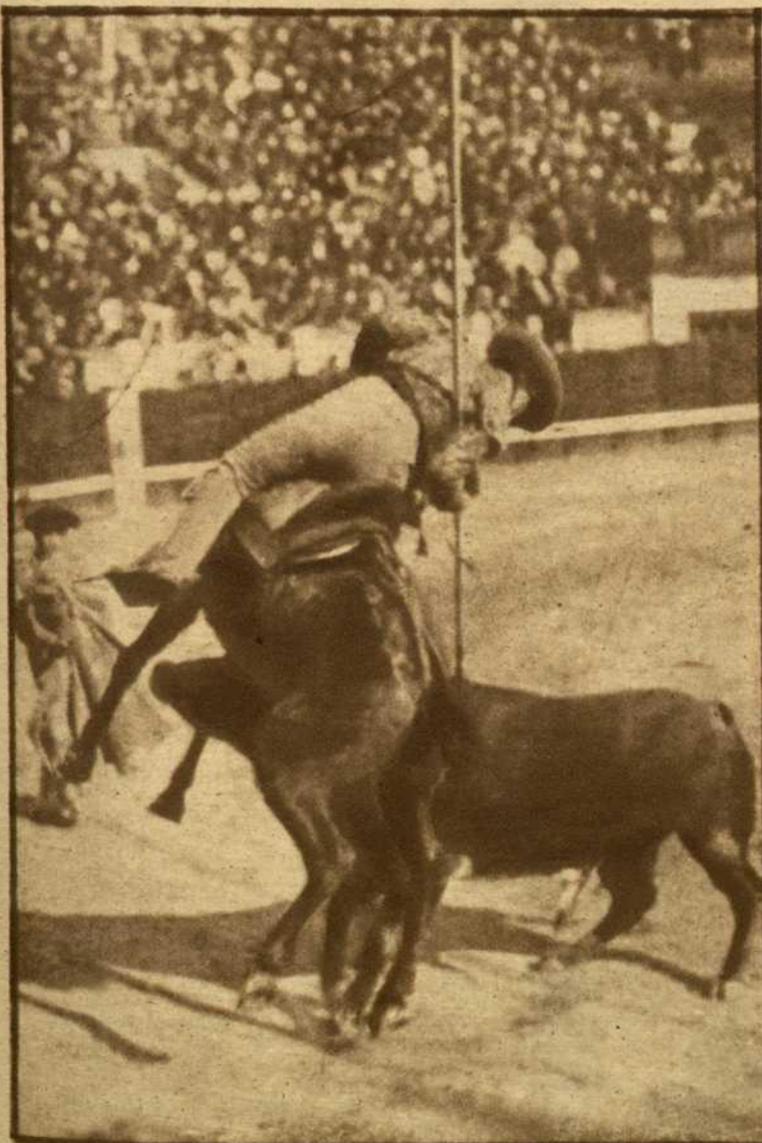


Farnesio en su época de gran picador

—Empiece usted por decir que no es cierto que yo use el apodo de Farnesio por haber servido en el regimiento de Caballería que lleva ese nombre. Nací en Madrid el 22 de febrero de 1888, y mis principios fueron de mozo de caballos en la Plaza madrileña. En 1906 me puse por primera vez la mona y me calé el castoreño para picar, con el remoque de Cachiporra Chico, una novillada de Bañuelos que torearon Ostioncito y Punteret en Tetuán. El entonces empresario de caballos de Madrid, que creyó que podía ser picador, me puso Farnesio porque no le gustaba lo de Cachiporra Chico. Y con Farnesio me he quedado.

—Y que lo ha prestigiado usted como el nombre de un gran picador...

—He procurado centrarme con los toros a unos cuatro metros



Un gran puyazo de Farnesio, en la primera corrida de abono del año 1917, en Madrid, y Gaona al quite

de distancia, meterles el palo por arriba y caer reunido. Hasta que vinieron los petos. Y con esa innovación del general Primo de Rivera, tendente a evitar el sacrificio de caballos, se acabó la suerte de varas. Desde entonces no se puede practicar como mandan los cánones. Hoy salimos muy mal montados. Como los toros no matan caballos, tenemos que utilizar los ya toreados, con los que es imposible ir al toro y ejecutar la suerte con pureza. Esa es la verdadera dificultad, no el achicamiento del toro, ni su pujanza, ni su edad, como se dice por ahí.

—Siempre por el peto, ¿no es eso?

—Siempre, sí, señor.

—Es que eso del «tiovivo» y la «carioca» con un toro de verdad...

—Alto ahí, amigo. El «tiovivo» y la «carioca» tienen su mérito, porque gracias a ese modismo no se van sin picar muchos, muchísimos toros. Pero confieso que eso es la antítesis del buen arte de picar. Actualmente se le llega más al toro porque con el peto hay menos exposición de caer. Antes de implantarse el peto casi todos los toros tomaban cuatro o cinco puyazos en toda regla, y hoy con dos ya se les «vía». Puedo asegurarle que antes de lo del peto había picadores que no se comían una rosca y que estaban como para retirarse. En cambio, desde esa innovación se han hecho figuras... En otros tiempos, aun agarrándonos bien con el toro y pegándonos fuerte, éramos volcados caballo y picador. Las caídas de latiguello y las fracturas de clavículas y fémures estaban a la orden del día. Los porrazos eran tan frecuentes, que rara era la corrida en que no pasábamos inutilizados dos o más picadores a la enfermería, y para poder torear la siguiente teníamos que someternos al masajista y andar con los chorros de vapor. Muchas veces nos hemos encontrado en la misma clínica quince o veinte picadores lastimados. Hoy sólo somos derribados por marrar.

—¿Por qué no se hace hoy la tradicional prueba de caballos?

—Porque no hace falta. Con lo del peto los caballos duran muchas corridas, y ya sabemos que están toreados y que son todos iguales. Si la prueba se hiciera, y como manda el Reglamento, tendrían que ser desechados casi todos. No obstante, seguimos yendo «a la prueba» por costumbre. Colocamos la puya en la vara, y eso es todo. Además, diga usted que vamos con calcetín de seda y sombrero frégoli. En otra época interesaba la suerte de varas a los aficionados, y cuando se practicaba bien nos aplaudían fuerte, como aquel 17 de mayo de 1916, en que le di cuatro puyazos a un toro de Aleas, en Madrid, y me hicieron dar la vuelta al ruedo.

—¿Recuerdos desagradables...?

—Las cornadas de Madrid, Santander y Albacete. La de Madrid fué el 25 de agosto de 1907. Un toro de Morón Santamaría, al que le cogí los altos, me llevó recargando hasta las tablas del 10 y me derribó. Después de matarme el jaco, se vino para mí, y como si fuera un asesino, me tiró un viaje al cuello que casi me degoló. Me dieron por muerto, y salí adelante por verdadero milagro. Y aquel 16 de mayo de 1920... Yo iba con Joselito cuando la tragedia de Talavera. Bueno; no quiero recordar aquello. ¡Joselito! El torero más completo, de más afición y vergüenza profesional que he conocido. Y el que más pudo con los toros. Después, en cuanto a dominio, le han seguido Lalanda y Ortega.

—¿Cuánto ganaba hace treinta años un buen picador?

—Mire usted: Camero y yo íbamos con Joselito colocados, y éramos los que más ganábamos. Nos daba José cincuenta duros por corrida. Hoy se cobran cinco o seis veces más.

—¿Le va usted cuenta de las corridas en que ha actuado?

—Sí; las tengo anotadas todas. Faltan muy pocas para las 1.600.

—¿Piensa retirarse pronto?

—De no haber sobrevenido nuestra guerra, ya habría dejado los toros. Pero mi modesto capital sufrió merma, y como ahora es bastante cómoda la profesión...



Farnesio, con la calzona de probar y las espuelas. Así iban a la prueba de caballos los picadores antes del peto

# A DIESTRO Y SINIESTRO

Por JOSE CARLOS DE LUNA

AUNQUE de pasada, ya dijimos en estas mismas páginas que en atención al abandono de las corridas de toros, no estaría fuera de las atribuciones del Poder cuidar e intervenir seriamente. Llegado el caso, si la contumacia lo requiriera, en la crematística del tradicional espectáculo.

Mazorralmente, podrían contestar los interesados que no optaran por callarse y barajar: «¿Y qué le importa a nadie lo que gana nadie, si a nadie se le obliga a enriquecernos?»

Esto, que parece argumento irrefutable, sería coz de macho romo o zapatazo de gañán, que no queremos ofender al que por desequilibrios gástricos perdiera el son.

El Estado vela por sus gobernados, evitándoles, en lo posible, el gato por liebre; esto es, vigila el cauce por el que discurren sus intereses. Nada tan privado, tan estimativo y particularista como la usura —valga el ejemplo—, y pese a sus cencerros tapados, tocan a rebato a poco que se hojee el Código Penal.

Las tenebrosidades que de puertas afuera tiene el espectáculo taurino gozan franquicia cascabelera, embozándose en la alegría que lo caracteriza en sus exhibiciones de corte y cortijo. Lucrarse desmedidamente, a cuenta de ajenas necesidades, no nos parece mucho más condenable que explotando mentecateces exaltadas.

Desconocemos el número de Plazas de Toros que hay en España, aunque no serán pocas; pues la tiene Alcudia, pueblo mallorquín, con censo de 3.000 habitantes. Y el Municipio sepañol que no la luzca de cal y canto, cierra con engeros y carretas su Plaza Mayor para que no falte en las ferias tradicionales la tradición de una corrida. Y se da el caso paradójico de que estos pueblecillos serranos o marineros no necesiten la protección oficial del espectáculo, como la propugnaremos, porque la propia modestia lo mantiene fuera del zarpazo que lo explota.

Y cuidado que no nos espantan las ganancias de nadie, y nos parece comprensible que ni los adoquines se muevan sino a golpes de metal; pero hay que llamar la atención de quien puede intervenir, corrigiendo ambiciones, no por desatentadas, sino porque amenazan con convertir la fiesta española, inasequible al pueblo, en espectáculo de gran lujo como las revistas exóticas: luz, color, elegancia, música, alegría, buen gusto, juventud, belleza, cultura y ¡polvos de arroz!

En la «Colección de papeles del Consejo de Castilla, Toros», en el Archivo Histórico Nacional, se leen datos que comprueban, sobradamente la trascendental importancia que, desde fines del siglo XVIII, cobraron las corridas como cosa popular y representativa de nuestro carácter generoso y valiente, conquistador y aventurero.

En fin, no vamos ahora a descubrir América. Volvamos al camino real, entre pita y chumberas, por no extraviarnos en veredillas tortuosas, que si algo acortan, demasiado entorpecen, y lamentemos el abuso de los ganaderos, de espaldas a la afición y de cara a la

cuenta corriente; lamentemos el abuso de los diestros en postura, quizá, más provocativa, porque, además, es irrespetuosa; lamentemos la vanidad de las empresas, cuya textura bancaria sorprende, irrita y depauperada, y lamentemos nuestra propia imbecilidad de gallinas viejas, que hacemos el caldo gordo y sustancioso a todos los arriba dichos, que les da lo mismo puchero de parida que magras con tomate.

El asunto es que, perdidos entre lamentaciones dolorosas, tiramos piedras a diestro y siniestro sin darle en el coco al enemigo, y convenimos en que nuestra desesperación es ridícula. Las Plazas siguen llenándose hasta los topes, y al que compra su barrera de sombra o su tendido de sol nadie le pide el recibo de la contribución.

Privilegiados de la fortuna, alegres manirroto y locos taciturnos discuten en derredor de un caso y se aturden con la machacona homogeneidad. Por todo lo dicho, excelentísimo señor, rogamos a vuestra excelencia, encarecidamen-



te y con todo respeto, intervenga en el espectáculo más nacional, para que no degenera en impopular y absurdo. Y observe V. E., si a bien lo tiene, que el timón de esta nave está en la taquilla. Que la entrada de sombra regule el espectáculo, como lo reguló siempre, y que según la categoría de los matadores que actúen, no pase el valor de ésta (normal y numerada) de veinticinco, veinte y quince pesetas, respectivamente.

¿Qué pasaría?

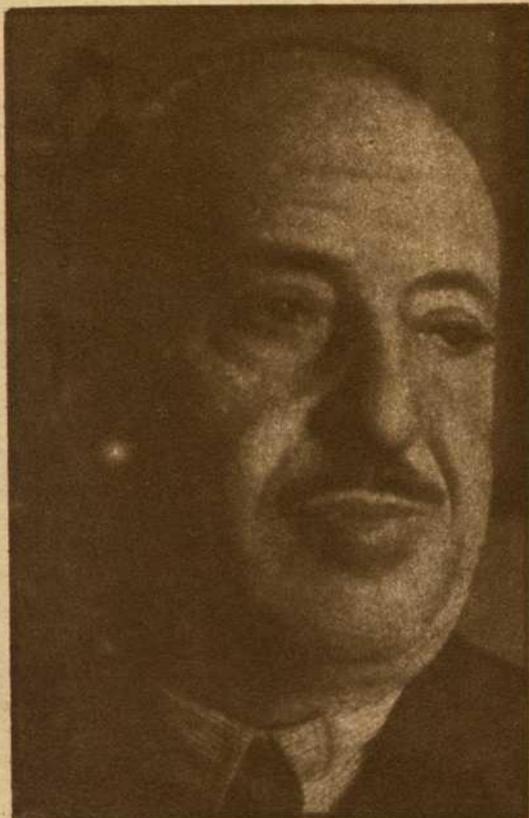
¡Nada! Estate tranquilo, amigo aficionado. Oírías gritar, hasta desgafarse, a los interesados y causahabientes; lloverían las amenazas de arar con sal, dehesas y ruedos... ¡Nada! ¡Agua de borrajas!

Todos bajarán el lavigero y las aguas volverán a sus antiguos cauces.

Que el pasodoble se despegue del cabaret y vuelva a sonar a Pan y toros.

# DON JOSE ALONSO ORDUÑA

dice que con los precios ahora en vigor, el desembolso del abono estaría sólo al alcance de unos pocos aficionados



Don José Alonso Orduña, durante su charla para EL RUEDO

De este hombre tan traído y llevado por toreros, ganaderos, críticos y apoderados que se llama don José Alonso Orduña cabría decir, cual del discreto de Gracían, que ha viajado bastante, ha leído más, ha vivido de prisa y ha aprendido muchos.

Ignoraba yo antes de pisar los umbrales de su casa —ambiente de arte, buen gusto y cordialidad— los gustos y aficiones del gerente de la nueva Plaza de Toros de Madrid; pero cuando me mostró su pequeño taller repleto de ordenados cachivaches —tornos, prensas de encuadernar, herramientas, primeras materias—, descubrí no al modesto aficionado, sino al artesano polifacético y habilidoso.

No paran aquí los gustos de Alonso Orduña. Desde niño sintió afición por la música, y como el ambiente familiar le permitiera satisfacer todas sus ilusiones, no le faltaron medios ni excelentes profesores.

Y andando el tiempo, Pepe Orduña, dueño de una voluminosa y bien timbrada voz de barítono, fué la figura indispensable en cuantos festivales benéficos organizáronse en Madrid desde 1912 a 1932. Zarzuelas, recitales, y muy especialmente óperas, sirvieron al desinteresado aficionado para mostrar sus magníficas aptitudes. En los teatros de la Zarzuela e Infanta Isabel cantó *Pagliacci* y *Fausto*, dándole réplica profesional de la talla de José Luis Lloret, y causando un movimiento admirativo no sólo entre los profanos, sino también entre los artistas de más fuste.

Y entusiasmado don José con los recuerdos de su vida artística y absorto yo con su amena charla, hubiéramos pasado toda la tarde a no ser porque los imperativos de mi afán reporté-  
ril

## Dos toreros españoles y dos mejicanos formarán, seguramente, el cartel de la corrida de toros en Madrid el domingo de Pascua

aprovecharon una ligera pausa para cambiar los rumbos de la conversación.

—Hablemos un poco de sus actividades como aficionado y empresario taurino. ¿Quiere decirme cuando empezó su afición por la fiesta?

—Mi afición data desde hace cuarenta y cinco años. Mi padre, furibundo lagartijista, solía llevarme a las corridas baratas —en las caras me tenía que conformar con asistir desde la calle de Alcalá al desfile de la gente—, y aun recuerdo perfectamente la tarde desastrosa de la despedida de Lagartijo, allá por el año 1893.

—¿Cuál es la mejor faena presenciada por usted?

—Es muy difícil distinguir cuál fué la más afortunada. A Joselito, Belmonte y Rafael el Gallo les he visto muchas faenas que sin desdoro con las mejores de estos tiempos podríanse reputar de perfectas. Y acaso la más torera sea la que una vez vi hacer al Gallo, el que, por cierto, ha matado muchos toros mejor que muchos estilistas de la espada. Otros tenían aciertos parciales, como Fuentes, maestro de banderilleros, y Bombita, al que recuerdo como un estupendo muletero.

—Y de los toreros contemporáneos, ¿quiere decir algo?

—Aquí sí que no suelto vocablo. Si yo opinara de ellos en alta voz, el espíritu susceptible de la mayoría nos impediría a usted y a mí andar por la calle.

—Dice usted muy juiciosamente. Veamos ahora sus preferencias por alguno de los tercios de la fiesta.

—Soy un enamorado de la muleta; pero lo soy tanto de esa suerte tan olvidada de los toreros actuales: la de matar. Ayer

se ocupaban de matar a la perfección; hoy, por el contrario, sólo les preocupa matar pronto.

—¿Cuánto tiempo lleva de empresario?

—Desde el año 34. Por entonces nadie quería echar sobre sus espaldas tan pesado y difícil fardo. Puedo decirle que entré con pesar, y saldré encantado de dejarlo lo antes que pueda hacerlo.

—¿Cuál fué el cartel de la pasada temporada que dió a la Empresa más taquilla?

—Las tres corridas en las que tomaron parte los hermanos Bienvenida tuvimos que poner el cartelito de «No hay billetes». La misma circunstancia se dió en la que Manolete toreó para nosotros.

—¿Y la peor recaudación?

—La última de la temporada. El público, con justa razón, se retrajo por el tiempo amenazador, y la prueba de que nunca debió celebrarse es que sólo pudieron lidiarse dos toros.

—¿Le molestan las críticas que contra su gestión se desataron durante la última temporada?

—Me molestan mucho cuando entiendo que son injustas, pues ocurre que los protestantes no saben, o no quieren saber, las enormes dificultades con que se tropieza en Madrid para confeccionar carteles de sólido prestigio.

—¿Qué hay de cierto en lo de empezar las novilladas el 11 del próximo marzo?

—Esos son nuestros proyectos, así como los de continuarlas el 18 y 19 del mismo mes.

—¿Tiene usted algo preparado para la corrida de Pascua?

—Estoy buscando un cartel de Pascua que esté bien; pero tropiezo con el inconveniente de que las primeras figuras desean «foguearse» en unas cuantas corridas por provincias antes de venir a Madrid. Posiblemente, será un cartel de ocho toros con dos diestros españoles y dos mejicanos.

—Entonces, ¿cuándo veremos a los ases?

—Manolete vendrá en junio; aproximadamente para el mismo mes lo hará Ortega —al menos, así me lo ha prometido su representante—, y Arruza lo hará con alguna anterioridad.

—¿Qué opina usted de los nuevos valores?

—Pues que tanto de Luis Miguel Dominguín como de Pepín y El Choni tengo grandes y fundadas esperanzas, y no dudo los veremos pronto lucir sus habilidades.

—Y de aquellos sus propósitos de no dar entrada a los toreros fracasados...

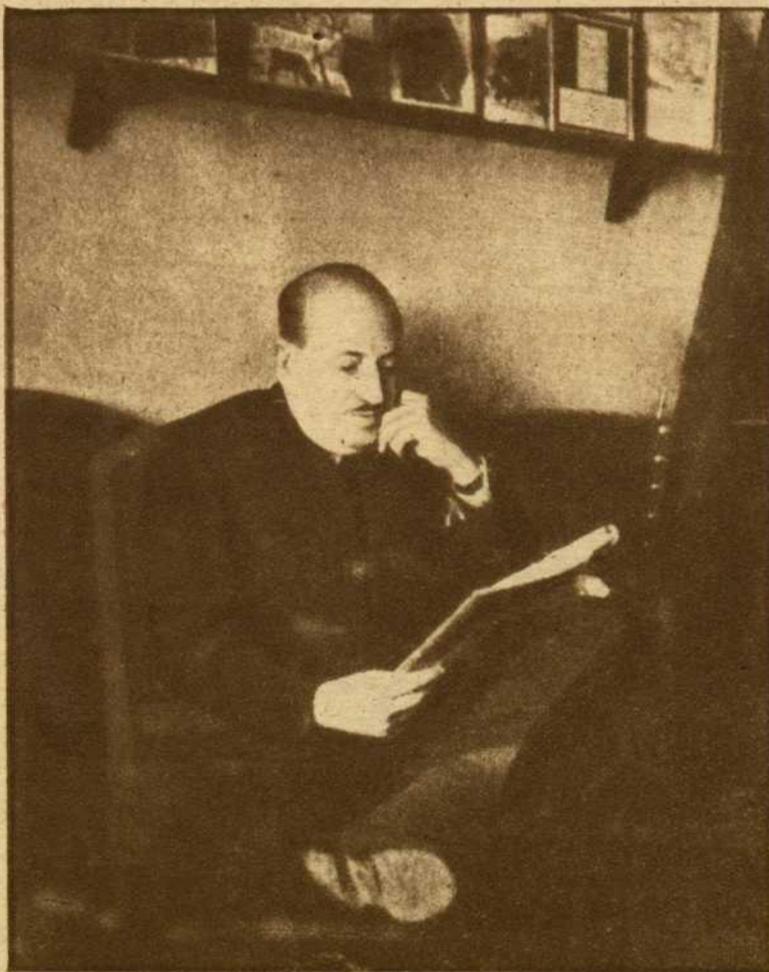
—Que me ratifico una vez más en que no deben torear en Madrid todos aquellos que por haberse pasado o por ser impropios de la categoría de la Plaza debieran abstenerse de importunar a sus poderosos padrinos.

—Toquemos, aunque sólo sea de pasada, el tema vidrioso de los precios.

—Tenga usted en cuenta que el primer interesado en que los precios no subieran es el empresario; pero, ¿quiere usted decirme a qué capítulo cargamos unos gastos cada vez en aumento? Por la cuenta que nos trae, procuraremos que la diferencia sea este año lo menos posible.

—Tampoco este año cuajó lo del abono?

—El abono en los tiempos actuales es impracticable, y con su implantación el aficionado llevaría las de perder. Con el carnet de reserva de localidades a nada se compromete, ni tiene que hacer un desembolso por anticipado, que hoy, con los precios que rigen, es tan cuantioso y sólo al alcance de unos pocos



En su despacho de trabajo, el señor Alonso Orduña aparta su imaginación de los números y las fechas, para dedicarse unos momentos a la lectura de los periódicos. (Fots. Manzano.)

**CARTILLA**  
 EN VESENGIAN  
 A LAS VNAS REGLAS  
 DE  
 TOREAR A PIE  
 EN  
 VERSO Y PROSA

**TAUROMAQUIAS**

**LA CARTILLA DE TOREAR DE LA BIBLIOTECA DE OSUNA**

Por JOSE MARIA DE COSSIO

**D**UDO que escritos de interés meramente histórico encuentren entre los aficionados de hoy muchos lectores interesados. Y es lástima, porque para ver y juzgar de las cosas, y más de cosas de tradición tan larga y rica co-

deber puntualizar por la importancia de este manuscrito para la historia del toreo.

Su estructura es la siguiente: comienza con un prólogo al lector y una introducción, ambos en prosa, y a continuación sigue un largo pasaje en versos octosílabos, anárquicamente rimados, y que titula *Circunstancias que deben concurrir en el aficionado para su lucimiento*, que se refieren a la indumentaria y acciones de cortesía y ceremonia en la Plaza. Continúa con veintitrés reglas numeradas y formando cada una un párrafo. Expone en ellas la doctrina en cuatro o más versos octosilábicos, que amplía con una exposición en prosa. Termina con un breve epílogo en verso en el mismo metro que los precedentes.

La orientación del arte que refleja la cartilla está claramente expresada con estas palabras: «El principal asunto de torear es burlar al toro, y siempre que no se consiga será defecto y riesgo del aficionado». Salir cogido o lesionado se considera como un fallo de la destreza y de la inteligencia. Para evitarlo, todas las precauciones y recursos son lícitos. Sólo tiene una excepción este criterio: el caso de socorro a un compañero, en cuyo trance ha de arriesgarse todo, con las reglas o contra las reglas. Esta obligación de origen caballeresco aureola con un halo de romanticismo y desinterés la lidia, y aun hoy perdura como tópico la abnegación de los diestros en la Plaza, la nobleza del quite.

La novedad mayor de la doctrina de este tratado es la recomendación de lo que hoy llamamos *cargar la suerte*, que se practicaba sobre las piernas como hoy sobre la cintura, y que describe con intrincados términos de esgrima. Por lo demás, las banderillas prescribe ponerlas una a una en las suertes de la media vuelta y en un rudimentario quiebro, o mejor topacárnero, esperando al toro. Para preparar la muerte del toro describe el lienzo o primitiva muleta, ya conocida entonces, y por tanto anterior a Francisco Romero, a quien se ha supuesto inventor de ella, y para la muerte preceptúa sobre la estocada recibiendo, en la que señala dos modalidades: una esperando al toro y corriendo dos pasos atrás y echándose fuera, «dándole la cuchillada en la espaldilla, que aunque esta acción no es de las más lucidas, bueno es saber de todo»; la otra, que llama ya estocada, y *de la ley*, es la suerte de recibir tal como había de describirse en posteriores tauromaquias.

Lo más del tratado se ocupa de las querencias de los toros y observaciones sobre sus cualidades, muchas de las cuales no han perdido actualidad ni aun hoy mismo.

Creo que lo señalado de esta *Cartilla* permite tener una idea del estado del arte en aquellos tiempos. Ciertamente que son los más primitivos; pero vemos cómo el criterio defensivo, la concepción del toreo como juego o lucha en que el ganar con el menor riesgo es lo esencial, aparece ya y ha de informar su desarrollo hasta época relativamente reciente.

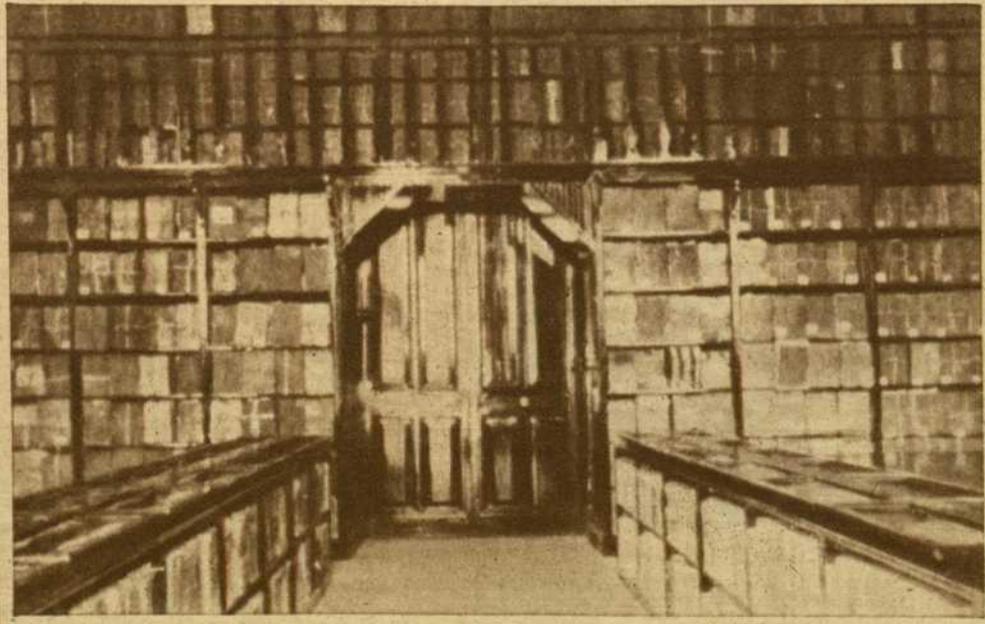


Un retrato de época del duque de Osuna

mo los toros, es imprescindible tener ese sexto, o acaso séptimo, sentido que se llama «sentido histórico». Precisamente por no tenerlo se prolongan indefinidamente esas pintorescas discusiones de si hoy se torea o no mejor que antes, o si los toros son mejores o peores. Arrancadas las cosas de su ámbito histórico, pierden su sentido, y las interpretaciones que de ellas se den sin tener en cuenta esas circunstancias históricas serán insuficientes o desorientadas sin remedio.

Esta consideración me ha llevado a escribir muchas veces sobre la historia del toreo y me lleva hoy a considerar la doctrina de las «Tauromaquias» o reglas de torear a pie, para hacer ver a través de sus preceptos la evolución que el arte de los toros ha sufrido en el transcurrir de los tiempos. Creo que aparecerán claramente las intenciones artísticas y técnicas del arte taurino en estos análisis, y así, como parte de la raíz del toreo actual, serán útiles para todo el que quiera entender algo más de la fiesta que si Manolete se quedó quieto o si Ortega consiguió dominar tal o cual toro.

Este análisis de tauromaquias voy a comenzar por la más antigua de las que preceptúan reglas del toreo a pie, hasta ahora no considerada por nadie ni estudiada por especialista alguno: la *Cartilla*, que llamo de la *Biblioteca de Osuna* porque de tal depósito procede. Con todos los libros y papeles que componían tan ilustre biblioteca pasó por compra a la Biblioteca Nacional. Se titula «Cartilla en que se notan algunas reglas de torear a pie, en prosa y versos». Es un cuadernillo manuscrito de veintidós hojas en octavo, que le falta una al fin, que por el sentido de la anterior debía contener muy poca escritura, quizá no más de seis versos que completaran la estrofa que comienza en el folio 22 v. No tiene fecha, pero la escritura y otras circunstancias externas e internas indican que está escrita a fines del siglo XVII o posiblemente a principios del XVIII. El estilo encrespado y de un barroco que linda a veces en lo ridículo persuaden de lo mismo. En la Biblioteca Nacional existe una copia esmerada hecha por don Jerónimo Alenda, el ilustre bibliógrafo de las fiestas públicas de España. Tales los datos externos que he creído



El archivo del duque de Osuna

**EL PATIO DE CABALLOS**  
(Cuadro de M. Castellanos)



**EL ARTE Y LOS TOROS**

**El romanticismo taurino en la pintura taurina de Manuel Castellanos**

Por Mariano Sánchez de Palacios

ENTRE todos los pintores del siglo XIX, pocos tan acusadamente compenetrados con el romanticismo imperante de la época, como Manuel Castellanos, aquel discípulo de los hermanos Ribera, que hubo de engrosar el catálogo de las bellas artes españolas con uno de los cuadros más notables y que más hondamente representa el espíritu popular de nuestra tierra y la influencia que en la vida literaria y artística, social y política, ejerció la nueva tendencia que con raíces hispanas había de venirnos transformada, más bien diríamos adulterada, de Francia, Alemania, Inglaterra y Escocia principalmente. Un romanticismo que elaboró honradamente nuestro Siglo de Oro y que, enapadado de melancolía y de un sentimiento tergiversado en su esencia y decadente en su espíritu, había de marcar un período en la historia de los pueblos de Europa.

Ha visto la luz Manuel Castellanos, en Madrid, el día 3 de febrero de 1823, coincidiendo su nacimiento con el del romanticismo, que desde entonces empieza a tener vitalidad en nuestra Península, en la que poco a poco se va elaborando el movimiento que había de transformar las esencias raciales de nuestro pueblo. Hemos, pues, hoy frente a este maravilloso lienzo, «El patio de caballos de la antigua Plaza de Toros de Madrid, antes de la corrida», dechado de perfección clásica y de irreprochable técnica en la manera de hacer y ejecutar, privativa de los grandes maestros. Porque ante este cuadro no sabemos qué admirar más, si el fácil dominio del pincel que acarició la tela o la belleza conjunta de la escena, modelo de composición, estampa del más puro costumbrismo, que refleja todo un período de la historia de nuestra pintura.

Mas, dejando a un lado el estudio de la técnica, que en un esbozo de crítica hemos de elogiar sin reservas, apuntemos aquí el valor anecdótico del lienzo, que nos hace evocar ese otro de Esquivel, «Reunión de poetas y escritores del siglo XIX», que, diametralmente opuesto de asunto guarda, no obstante, una analogía en la intención pictórica y en el fondo esencialmente costumbrista que los iguala en el parangón.

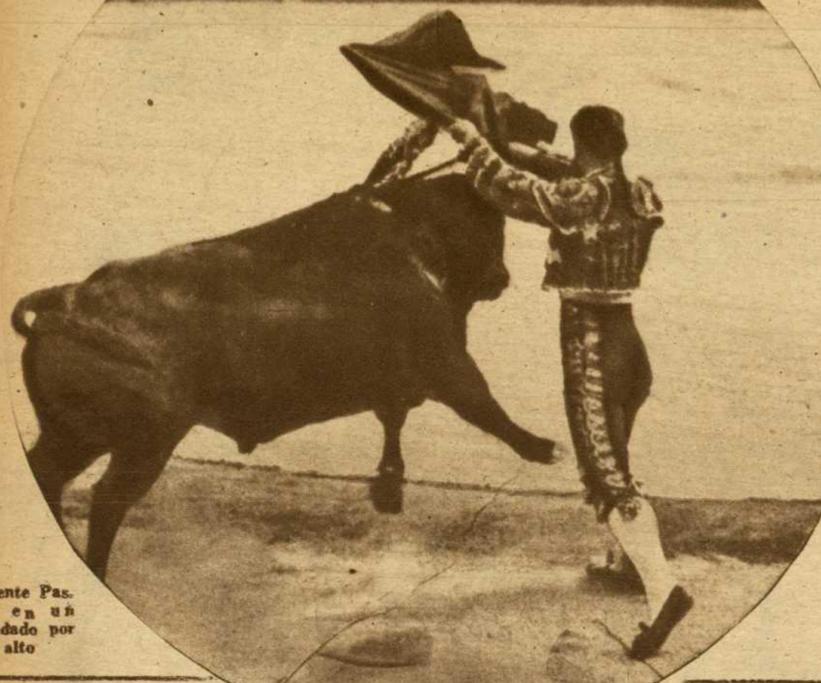
Esquivel pintó su lienzo queriendo reflejar, más

bien diríamos retratar, en él no sólo las figuras, sino el ambiente. Agrupó personajes de la época que, enlazados por un motivo circunstancial, habían de ser testimonio, en el futuro, de la existencia privilegiada de una serie de intelectuales españoles elogiados en la posteridad, y Castellanos, recreándose en su labor, encariñado tal vez por el asunto y prendido en la seducción de la atmósfera romántica, dejó que su cuadro, desprovisto de todo rápido impresionismo, fuera la estampa más real de un retazo de esa vida taurina, preliminar a esa otra, fértil en emociones, que se desarrolla a la vista inquietante del espectador en la arena misma del coso taurino.

Más que un cuadro de costumbres, podemos clasificarlo como lienzo de Historia. ¿Qué se propuso Castellanos al pintar este cuadro? Sus figuras no son sino retratos de personajes que vivieron aquellos tiempos. Hay en el lienzo como un desfile de figuras que se enlazan y confunden con los tipos populares que viven y merodean en torno a la fiesta eminentemente nacional de las corridas de toros. Allí, junto al rutilante centelleo del traje de luces que elegancia al diestro, el serio y enchisterado doctor de negra levita; allí, junto al picador, el banderillero; al lado del ganadero, el aristócrata, el escritor y el poeta, el periodista y el aficionado que llegó de lejanas tierras; el perrero, con el gran «bulldog» que hará las veces de manso o de cabestro. Allí, el picador con el muchacho en la grupa y el mozalbete que azota las mulillas, aun perdido en el último término, asombra por su enorme expresión y vitalidad, y los curiosos y la chiquillería, al fondo; los soldados que contienen la plebe, los guardias, todo ese mundo trashumante y curioso, pintoresco y popular que merodea en torno a nuestro gran espectáculo.

Admira este lienzo por su realidad, por su riqueza de colorido, por su luz, por su dinamismo, por su encanto sugestivo y romántico, por la bondad de su técnica clasicista y perfecta, por todas y cada una de las buenas cualidades que le enriquecen y, sobre todo, por reflejar, como pocos, aquel Madrid de la primera mitad del pasado siglo, que tan compenetrado estaba y con tanto entusiasmo sostenía el rango y el prestigio de nuestra luminosa fiesta nacional.





Vicente Pastor en un ayudado por alto

**Dos genialidades de MOSQUERA. - El primer encuentro con MACHAQUITO en Madrid. Dos quites de poder a poder**

**¡A la feria de Córdoba! Cogido por la gripe.-El famoso mano a mano con GAONA**



Don Vicente Pastor y Durán en la actualidad

Acudieron, pues, a la Plaza «machaquistas» y «pastoristas», con los ánimos excitadísimos, para ver cómo se embaucaban la nuez ambos lidiadores.

Al margen de tales apasionamientos, Rafael y Vicente, porque ni el madrileño temía al cordobés, ni éste al torero de la calle de Embajadores, dieron durante el curso de la corrida las mayores pruebas de compañerismo en la lidia de seis buenos mozos, con desarrolladas cornamentas, de la ganadería de Arribas, reses que tomaron veintinueve payazos, dejando sobre la arena muertos diez caballos.

No estuvo mal el cordobés; pero el de Madrid, en esta ocasión, le ganó la pelea, estando bien en un toro y ovacionado en sus otros, dando la vuelta al ruedo en uno de éstos.

Por invitación de Vicente, los dos matadores banderillaron al cornúpeto que cerró Plaza, colocando cuatro pares, siendo mejores los de Pastor.

Con este primer encuentro de los pundonorosos toreros quedó abierto el paréntesis de la lucha que los apasionados de ambos diestros sostuvieron durante varios años, sin que fuera motivo para que los famosos lidiadores ni en la Plaza ni en la calle tuvieran el más leve rozamiento, porque siempre reinó entre ellos la mejor armonía, como más adelante tendrá ocasión de saber el lector.

Alternando también con el otro cordobés, Lagartijo, en la lidia de seis toros del marques de Guadales, Vicente toreó en Barcelona el día 19, y el 3 de mayo, en Zaragoza, lo hizo con Joaquín Navarro, Quinito, despachando seis astados de Ripamillán.

La inclusión del diestro madrileño en los carteles en que figuraban los que en aquella época monopolizaban el cotarro taurínico es la prueba más elocuente de que Pastor se había ya situado en el torero sin necesidad, como ya tengo dicho, de que llegara la ruptura de Bombita y Machaquito con el célebre empresario de las gafas de oro, Mosquera.

Con Miuras volvió a actuar ante sus paisanos el 10 de mayo, alternando con Lagartijo y Rafael, el Gallo, y en esta corrida obtuvo un clamoroso triunfo, pues Vicente—según dijo un revistero de entonces—fue el héroe de la tarde en todo, haciendo vibrar la nota de valiente.

Después de una gran faena de las suyas, en las tablas del 9 mató de un gran volapié al primer miureño, y a su segundo, un toro de Adañid lidiado como sustituto, de otra gran estocada y un certero descabello. Las ovaciones fue-

CAPITULO XVI

Con la iniciación de la temporada taurina de 1908, ya empezó el empresario de la vieja Plaza madrileña, don Indalecio Mosquera a hacerse popular, porque tuvo la ocurrencia de abrir un alono por seis novilladas que se celebraron con el beneplácito de los aficionados.

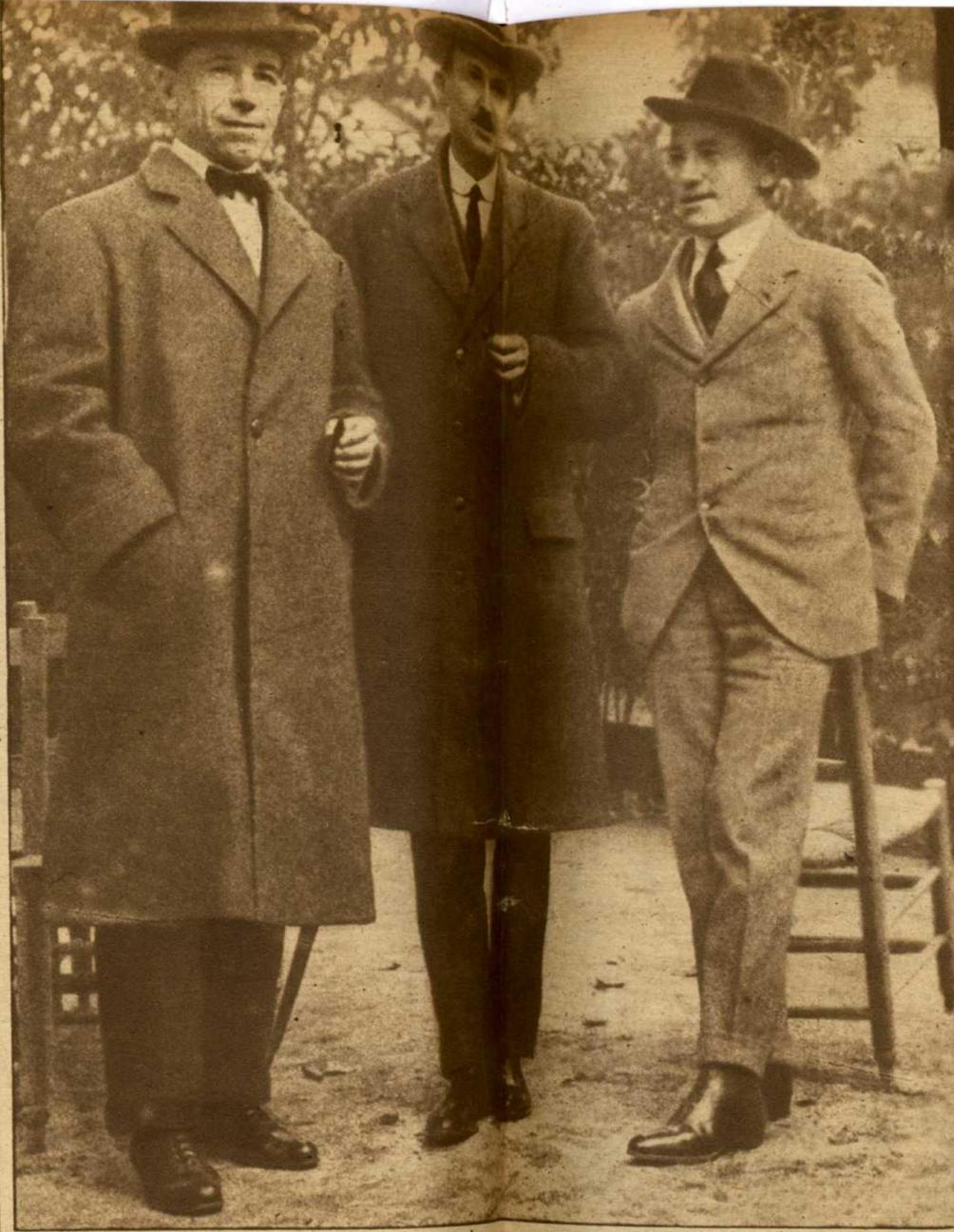
Y antes de que se fijara el cartel para el otro abono de las corridas serias, en el que tuvo la genialidad de clasificar a los matadores en dos grupos, A y B, anunció para el día 29 de marzo, con carácter extraordinario, un espectáculo con ocho reses de Saltillo y los espadas Ricardo Torres, Bombita, Lagartijo, Machaquito y Vicente Pastor, incluidos en el primero de dichos coletudos grupos.

En esta fiesta, a la que asistió Don Alfonso XIII, Pastor fue aplaudido en el cuarto toro, a pesar de haber recibido un aviso, realizando en el octavo una buena faena de muleta coronada con una gran estocada, por lo que se le ovacionó largamente.

La brillante temporada de Vicente en el año anterior y la bien comentada fama de que venía gozando como estoqueador Machaquito, fue la causa de que se crearan dos bandos de machaquistas y pastoristas, discutiendo en todos los sitios sobre la superioridad del uno sobre el otro.

No ajeno Mosquera a estas polémicas, después de haberse despedido Antonio Fuentes del toro el día 5 de abril, para el 12, Domingo de Ramos, anunció un mano a mano con el cordobés y el madrileño combinación que produjo un justificado interés. llenándose la Plaza de bote en bote.

Vicente, que, como ya hemos dicho, acabó el año 1907 enfrentándose con Ricardo, Bombita, obteniendo un ruidoso triunfo en sus tres toros, a uno de los que cortó una oreja, iba ahora a contender por primera vez con el otro de los mandones en la torería de aquellos ya lejanos tiempos.



Una antigua fotografía de Vicente Pastor, después de una corrida en Los Viveros. En el grupo, Juan Belmonte en su primera

# Historia taurina de Vicente Pastor

ron de clamor; pero la nota culminante la dió el león de Castilla en dos formidables quites que hizo al picador Francisco Codes, Melones, durante la lidia del cornudo Sarsillero, quites que hicieron prorrumir al público en alaridos de entusiasmo.

Caido al descubierto el picador y arrollado Lagartijo, que acudió al quite, Vicente, con exposición de su vida, se agarró a la cola de la res, y pérdida la estabilidad, fué arrastrado por el fiero bruto hasta que éste se alejó de los toreros primeramente caídos.

Y como a continuación el mismo varilarguero, en la siguiente vara, resultase prendido por la casaquilla, Vicente, jugándose otra vez en el empeño su existencia, hizo otro quite formidable ante un público emocionado y lleno de asombro, que no cesó de ovacionar al diestro hasta que el último astado fué arrastrado por las mulillas.

Esta corrida se comentó durante muchos días en todos los medios taurinos, y el papel Pastor seguía cotizándose en la bolsa taurina a altos precios.

El 24 del susodicho mes de mayo se celebró en Madrid la corrida de Beneficencia, y en ella tomaron parte Vicente, Bienvenida, Bombita III y Manolete, lidiando reses de Murube.

Asistió a esta fiesta Don Alfonso XIII, el duque de Connaught

y las infantas doña Isabel y Eulalia. Muy pesado estuvo Pastor en su primero, recibiendo un aviso; pero con el quinto, Gitano, realizó una estupenda faena de muleta que inició con aquel famoso pase natural con la izquierda, rematado por alto, que se fué con él para no volver más.

De un gran volapié, entrando despacio, en corto y por derecho, acabó con la vida del murubeño, siendo el espada ovacionado mientras daba la vuelta al anillo.

En el octavo toro volvió a hacer alarde de vista y de facultades, haciendo otro quite a Manolete, justamente ovacionado.

Estos triunfos determinaron que la Empresa de Córdoba contratase a Vicente para sustituir a Bombita, que se hallaba herido, en las corridas de la feria de mayo, verificadas los días 25, 26 y 27, en las que mató reses de Santa Coloma, Olea y Urcola, con Conejito y Manolete la primera tarde, con Corchaito y Manolete la segunda y con los tres en la tercera, que fué de ocho toros.

En aquellas corridas Pastor estuvo muy valiente, cortando una oreja en la segunda y despachando tres toros en la última por resultar cogidos Conejito y Manolete.

Sin dar muestras del menor cansancio, al siguiente día, 28, se presentó en sus Madriles para estoquear con Regatería y Re-



Un pase de rodillas de Vicente Pastor, durante su actuación en Méjico

**Cinco toros de Miura en Zaragoza. Una opinión de «Dulzuras» acerca de Vicente Pastor**

**Una brillante temporada interrumpida. — Pastor, enfermo. Su convalecencia en Málaga**

lampaguito ¡otra mirada! grande, que resultó muy difícil. No estuvo bien en el cuarto toro, cuya muerte brindó al infante don Carlos, recibiendo un aviso y la bronca correspondiente; pero con el primero estuvo superiorísimo.

¡No se puede matar con más valentía —escribió el solvente crítico «Dulzuras»— un toro tan difícilísimo y con tanto poder como el miureño que abrió Plaza!

Como es natural, Vicente escuchó una gran ovación, dando la vuelta por el albero. Bien con el estoque se portó en la corrida celebrada en Nimes el 31 del expresado mayo, alternando con Bombita y Mazzantino en la lidia de seis toros de Arribas, y en Barcelona, el 7 de junio, toreó con Rafael, el Gallo, ganado de Santa Coloma, de los que mató cuatro con gran lucimiento por resultar herido el hermano de Joselito.

Otra corrida de ¡Miura! toreó en Zaragoza siete días más tarde, el 14, de los que también tuvo que apencar con cinco toros, por ser lastimado Lagartijo.

Volvió a Madrid el 21, y acompañado de Quinito y Bombita III despachó dos bovinos de Gregorio Campos, siendo ovacionadísimo en sus dos toros.

No se encontraba bien de salud cuando tomó parte en las corridas de la famosa feria de Pamplona, porque una afección gripal tenía al diestro prendido por la feja.

Imponiéndose a las circunstancias, trabajó los días 8 y 9, éste por la mañana y tarde. En la primera fecha alternó con Lagartijo y Machaco en la lidia de seis Palhas, estando regular en su primero y superior en el segundo.

Un cornudo de Lizaso mató muy bien en la prueba del día 9, alternando con dichos diestros, y por la tarde, acompañado de Machaco y Bombita III, envió al desolladero dos cornúpetas de Guadales, estando bien.

En este año 1908 se reveló como un torero extraordinario un diestro mejicano, Rodolfo Gaona, que doctorado en Tetuán de las Victorias el 31 de mayo por Manuel Lara, Jerezano, se presentó después en Madrid produciendo entre los aficionados un extraordinario revuelo.

Creyó Mosquera que encerrando al nuevo valor taurino con Vicente Pastor, en el madrileño coso, éste se llenaría, y no se engañó.

Esta corrida, inolvidable en la vida taurina de Vicente, se celebró el 12, anunciándose toros de Carvajal para el madrileño y el mejicano.

No debía torear esta corrida, pues cuantos visitamos a Pastor en la mañana de aquel día pudimos darnos cuenta perfecta que se hallaba en condiciones de inferioridad.

La fiebre que tenía era altísima, y desoyendo nuestros consejos, Vicente, ante el temor de que muchos creyeran que se trataba de una trajadura, se obstinó en vestir el traje de luces.

Fué esta corrida para el ex Chico de la Blusa un triunfo redondo, dándose cuenta el público del lamentable estado en que se encontraba el diestro.

A su primer toro, Riojano, le hizo una faena primorosa con la muleta, a la que puso término con una buenisima estocada.

A Calcetero, corrido en tercer lugar, le toreó bien, siendo aplaudido, y a Bonito, lidiado en quinto turno, le muleteó superiormente, rematándole con un magnífico volapié. Como en su primer toro, fué ovacionado, dando la vuelta al ruedo, recogiendo cigarrillos y prendas de vestir.

Durante el decurso de la corrida, Vicente, en varios momentos, tuvo que dirigirse a la barrera, conmovido, resistiéndose a ingresar en la enfermería, siendo despedido al final del histórico festejo con una prolongada ovación.

Cierta parte del público que se hallaba sengaonzados abandonó el circo mustio, y los «pastoristas» lo hicieron más alegres que unas castañuelas en plena feria sevillana.

En plena competencia con su enfermedad, Pastor insistió en seguir toreando, haciéndolo en Mont de Marsán con Cocherito el 19 de julio, reses de Valle, y el 2 de agosto, en San Sebastián, con cornudos de Aleas en unión de Manolete y Bombita III.

Vencido al fin por la pertinaz dolencia, tuvo que dar por concluida aquella temporada.

Sometido a un tratamiento adecuado, se trasladó a Málaga, donde pasó todo el invierno, regresando a Madrid en marzo de 1909, completamente restablecido.

## EL PASE NATURAL

# ADEMAS DE CLASICO, PUEDE SER PERSONAL Y DE ESTILO

Por CHAVITO

**V**OY a comenzar reproduciendo la descripción que del pase natural (antiguamente llamado regular) se hace en varios Tratados de tauromaquia. En la de Pepe Hillo se lee lo siguiente: "Cogida la muleta con la mano izquierda, la pone al lado del cuerpo y siempre cuadrada, y situado en el terreno del toro, lo incita a partir y lo recibe en dicha muleta al modo de la suerte de capa al pase regular".

De la de Paquiro copio: "Para pasar al toro con la muleta, se situará el diestro como para la suerte de capa, esto es, en la rectitud de él y teniendo aquella en la mano izquierda y hacia el terreno de afuera. En esta situación, lo citará, guardando la proporción de las distancias con arreglo a las piernas, que le advierta lo dejará que llegue a jurisdicción y tome el engaño, en cuyo momento le cargará la suerte y le dará por alto o por bajo".

Sánchez de Neira, en su "Diccionario taurino", escribe: "El pase natural o regular es el que con la mano izquierda, y colocado frente por frente de la cara del toro, da el diestro sin mover los pies, apartando de sí la muleta, que extendida en el aire toma la forma de un abanico, con inclinación atrás, de modo que la res, o marque en su carrera un medio círculo, por ir empapada en el engaño, y queda en disposición de admitir otro u otros pases, que el diestro debe darle en seguida, o sigue en su carrera, por ser huída o por haberle dado la salida larga".

En la "Tauromaquia de Guerrita" se dice: "Se ejecuta colocado el diestro en la rectitud del toro, teniendo la muleta con cualquiera de las dos manos, y haciendo el cite desde una distancia arreglada a las facultades que conserve la res, terrenos que ocupe y resabios que haya adquirido durante la lidia en los tercios anteriores. Cuando el animal llegue a jurisdicción y tome el engaño, recargará la suerte, que se remata girando y estirando el brazo hacia atrás, con sosiego, describiendo con los vuelos de la tela un cuarto de círculo, a la vez que se incline los pies en movimiento preciso, para que, una vez terminado el pase, quede el diestro en disposición de repetirle".

Ultimamente, en el año 1936, el popular crítico taurino Federico M. Alcázar dió a la publicidad una "Tauromaquia moderna", y al ocuparse del pase natural escribió así: "El pase natural o regular es el que se ejecuta colocado el diestro en la rectitud del toro, guardando convenientemente las distancias, según las condiciones de la res y las facultades del torero, teniendo la muleta cuadrada o perfilada en la mano izquierda, hacia el terreno de afuera, y la espada en la derecha y adelantada un poco la pierna contraria. En esta posición, se le engancha en la muleta, se corre templadamente la mano, se carga la suerte con suavidad y se remata por alto o por bajo, describiendo en el viaje un tercio o un cuarto de círculo, según la longitud del pase".

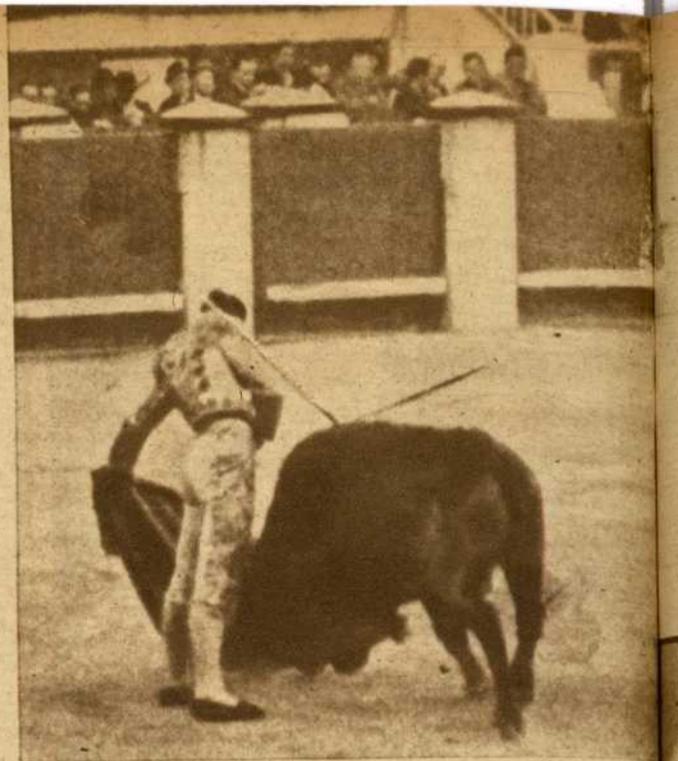
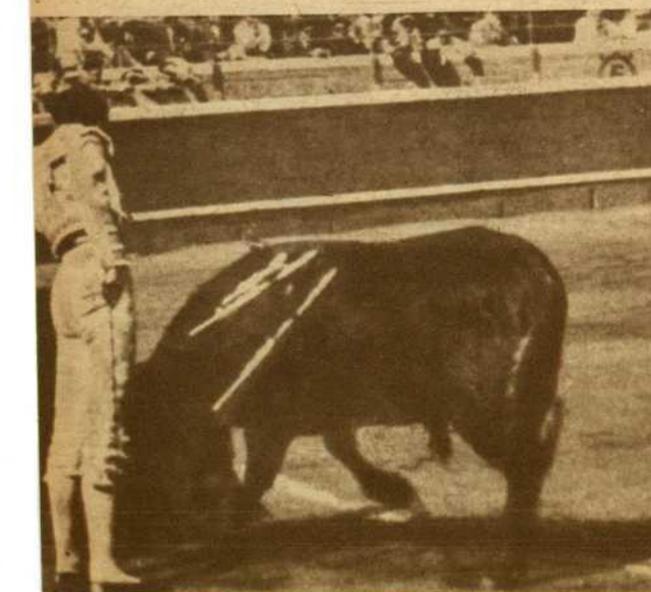
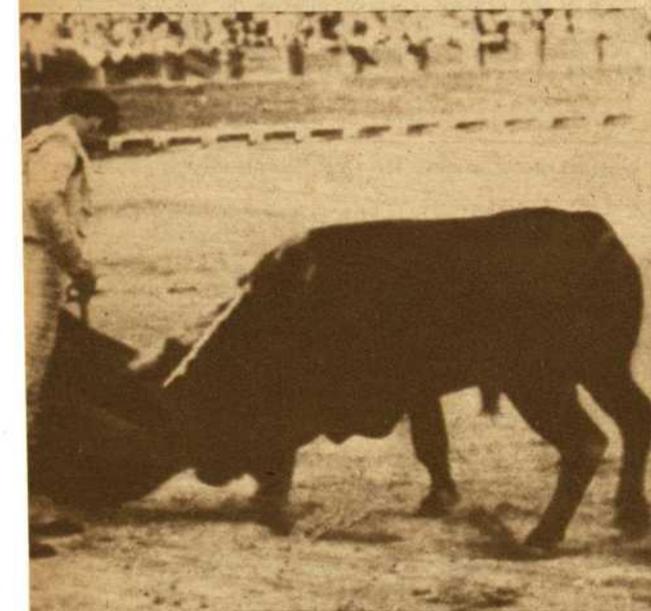
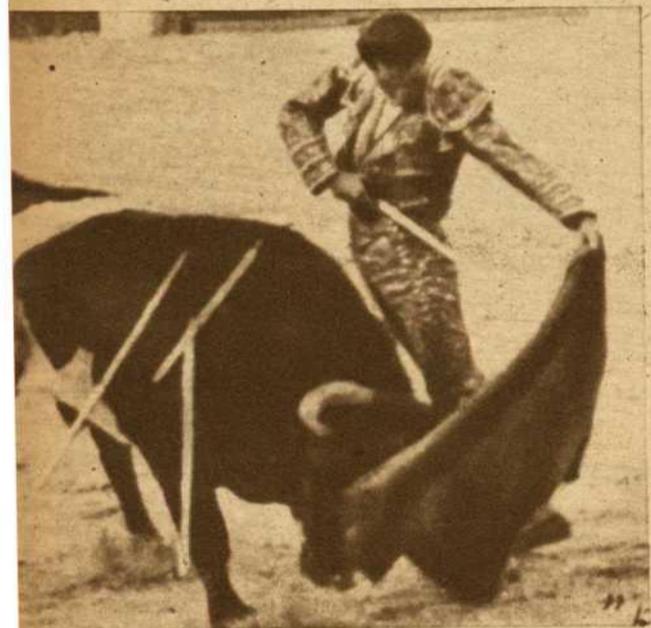
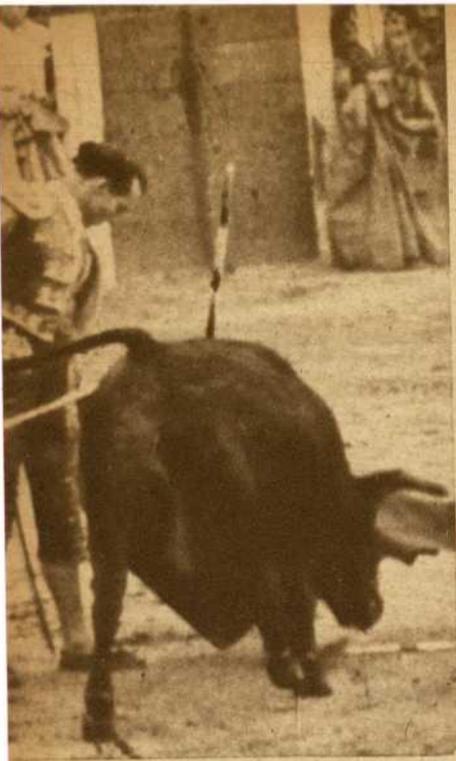
Copiado lo que precede, diré ya por mi cuenta, que el pase regular, en la antigüedad, y natural, en nuestros días, es una de las suertes base o fundamentales del toreo. Y tan esto es así, que cuando un torero se decide a darlo, los buenos aficionados se asombren, y ovacionan y jalean al valiente que queda con la muleta en la mano izquierda y así liga o da una serie de naturales, pases bellísimos y que se prestan a la interpretación temperamental o estilista de cada diestro, sin que esto quiera decir que cada torero lo ejecute a su capricho, desvirtuándolo, cosa que queda plenamente demostrado con sólo pasar la vista por las adjuntas fotos, en las que se ven pases naturales de distintos diestros, pero pases que son todos naturales y tienen a la vez una bien marcada diferencia de postura, colocación del brazo, etc., etc.

El pase natural, el que se da con la izquierda, que es con la mano a que siempre me refiero, resulta de muy difícil ejecución, por requerir un temple y un dominio muy acabado y acentuado, y ese dominio queda más patente cuando el torero liga el natural con el de pecho, ligazón a la que le concede un mérito grandísimo, porque hay un momento, y no muy corto, en el que el torero le pierde la cara al astado, y ahí radica esa dificultad, tan insuperable, que, por regla general, después de una serie de naturales, se corta el último pase, y el torero, enmendándose y reponiéndose, saca al toro por delante, en un pase de pecho que podría llamarse preparado.

Insisto en que el natural, dentro de su clasicismo, puede tener personalidad y estilo, y vuelvo a decir al lector que vea las fotos que se exponen a su contemplación.

No quiero terminar sin decir que el pase natural debería ser declarado de ejecución obligatoria, pues en el toreo es como el solfeo en la música y los ejercicios vocales en los cantantes.

El natural es la base del toreo de muleta, y si no se prodiga, no se busque el motivo más que en lo siguiente: que no es fácil, mucho más fácil torear con la derecha, toreo que tiene para el torero la ventaja de llevar armada la muleta y desplegar más el engaño de la roja tela, que al ser introducida en el toro era de pequeño tamaño, y que poco a poco, ha ido agrandándose, hasta ser lo que es hoy.



# EL MAESTRO ALONSO

## echa de menos en la fiesta los pasodobles españoles netos

### Cada época tiene su torero y su torero



**E**l maestro Alonso siempre está propicio a la charla, y por eso esta tarde hemos ido a su encuentro, seguros de que él nos diría muchas cosas interesantes sobre el tema de los toros, que cuenta en el famoso compositor con uno de sus aficionados más antiguos y entusiastas. Siempre se puede ver al maestro Alonso en su localidad, fumándose el largo puro de su satisfacción, de su alegría por encontrarse presenciando la fiesta que tanto le apasiona y atrae.

—Yo tenía que ser aficionado a la fuerza. ¿No ve usted que nací en

Granada, tierra de toreros valientes, y vivía en el barrio de la Virgen, cerca del Matadero, donde van los torerillos que sueñan con la fama? Allí, en mi tierra, presencié las primeras corridas en las tradicionales y célebres fiestas del Corpus. Quizá la primera que vi fue una en la que actuaban Ricardo Torres, Bombita, y un Lagartijillo, de Granada, que se llamaba, lo recuerdo perfectamente, José Moreno, y cuya nota dominante, como la de todos los toreros paisanos míos, empezando por Frascuelo, fue la del valor.

—Ya hará tiempo de eso, maestro.

—No debe hacer tanto, puesto que ya ve lo bien que me acuerdo. ¡Eso fue ayer, como quien dice, hombre! Un ayer en el que el fútbol todavía no se había impuesto, y en el que los chicos no andaban por las calles dando patadas a una pelota, con evidente peligro para las personas mayores, sino que jugaban al toro y a los toreros, ganados por las hazañas de éstos que oían a sus padres, quienes llevaban a sus hijos a la Plaza, deseosos de que en ellos se prolongara aquella afición, tan acusada que la fiesta nacional era un tema de actualidad permanente. La primera vez que yo fui a los toros me llevó mi padre, y en seguida quedé cautivado por el espectáculo sin par.

#### A CABALLO, BUENO; PERO A PIE, ¡NI HABLAR!

—Y siendo usted del barrio de la Virgen, cerca del Matadero, ¿no sintió usted nunca el deseo de unirse a los torerillos que empezaban?

—No. Los toros me han causado siempre un respeto imponente, y he preferido verlos desde la barrera. He asistido a muchas fiestas y festivales, y sólo alguna vez, por broma, me he puesto delante de un becerro... para quitarme inmediatamente. Lo que sí me gusta, o me gustaba, es acosar al toro en campo abierto. Como yo fui en Granada músico mayor de Artillería, tenía un caballo, un caballo precioso, con el que muchos días me iba a los prados donde había ganado y me mezclaba con los vaqueros y mayorales, feliz y contento de poder participar en sus actividades y faenas camperas. Pero a pie, ¡ni hablar!

#### UN PASODOBLE POR UN BRINDIS

—¿Qué influencia tiene su afición en su música?

—Una influencia constante y poderosa que se ha traducido en pasodoble taurinos, hechos para diversas obras teatrales: para *Las tocas*, para *Pitos y palmas*, de los hermanos Álvarez Quintero... Sólo he dedicado un pasodoble a un diestro. Se titulaba *El maño torero*, y lo hice para Vi-

lalta, pues quise corresponder a su atención de brindarme un toro. Fue en San Sebastián, y como yo no tenía noticias de que me iba a ofrecer el brindis, no estaba preparado. Entonces, cuando, después de una gran faena del baturro, vino a por la montera, le envié con ella una tarjeta que decía: «Vale por un pasodoble». Y así surgió *El maño torero*.

#### LAS PITILLERAS, REGALO OBLIGADO

—Le habrán brindado a usted muchos toros...

—Casi tantos como pitilleras le regalado. ¿Ustedes no se ha fijado que a los toreros siempre les regalan pitilleras? Yo siempre que voy a Granada, a las fiestas, me llevo unas cuantas en la maleta, pues allí se da el caso de que me brinden siempre un toro todos los matadores. Claro que si dice usted esto me va a hacer cisco para mi próximo viaje, porque tendré que pensar en otros regalos, y ¿qué se le regala a un torero que no sea una pitillera? ¿Me quiere usted decir?

—No se preocupe, maestro.

—Gracias.

#### LAS CORNADAS GRANDES DE LOS TOROS CHICOS

—Y ahora, dígame. En el transcurso de los años y de las variaciones y evoluciones de la fiesta, ¿no ha sentido nunca disminuir su afición?

—¡Ah, no, no! Yo he sido siempre un aficionado sin desmayos ni claudicaciones. La fiesta me gustaba y me gusta, ayer y hoy, por lo mismo, por lo que tiene de española, por su colorido, por su arte, por el valor, por la emoción... No hay nada comparable. A pesar de los toros de ahora, porque lo que se ha perdido en esa emoción del peligro, y no se olvide que los toros chicos son muchas veces los que dan las cornadas grandes, se ha ganado en arte y vistosidad. Yo no sé si los toreros de antes harían lo que los toreros actuales, o si los toreros actuales serían capaces de torrear los toros de antes. Creo que hay que situarse en cada época y tener en cuenta las circunstancias. Quizá los años más apasionantes fueron los de Joselito y Belmonte. Yo era joselista y me unía al menor de los Gallos una gran amistad, que quizá influyera en mi preferencia. Pero eso no importaba para que admirara a Belmonte.

#### ESA FACILIDAD DE MANOLETE

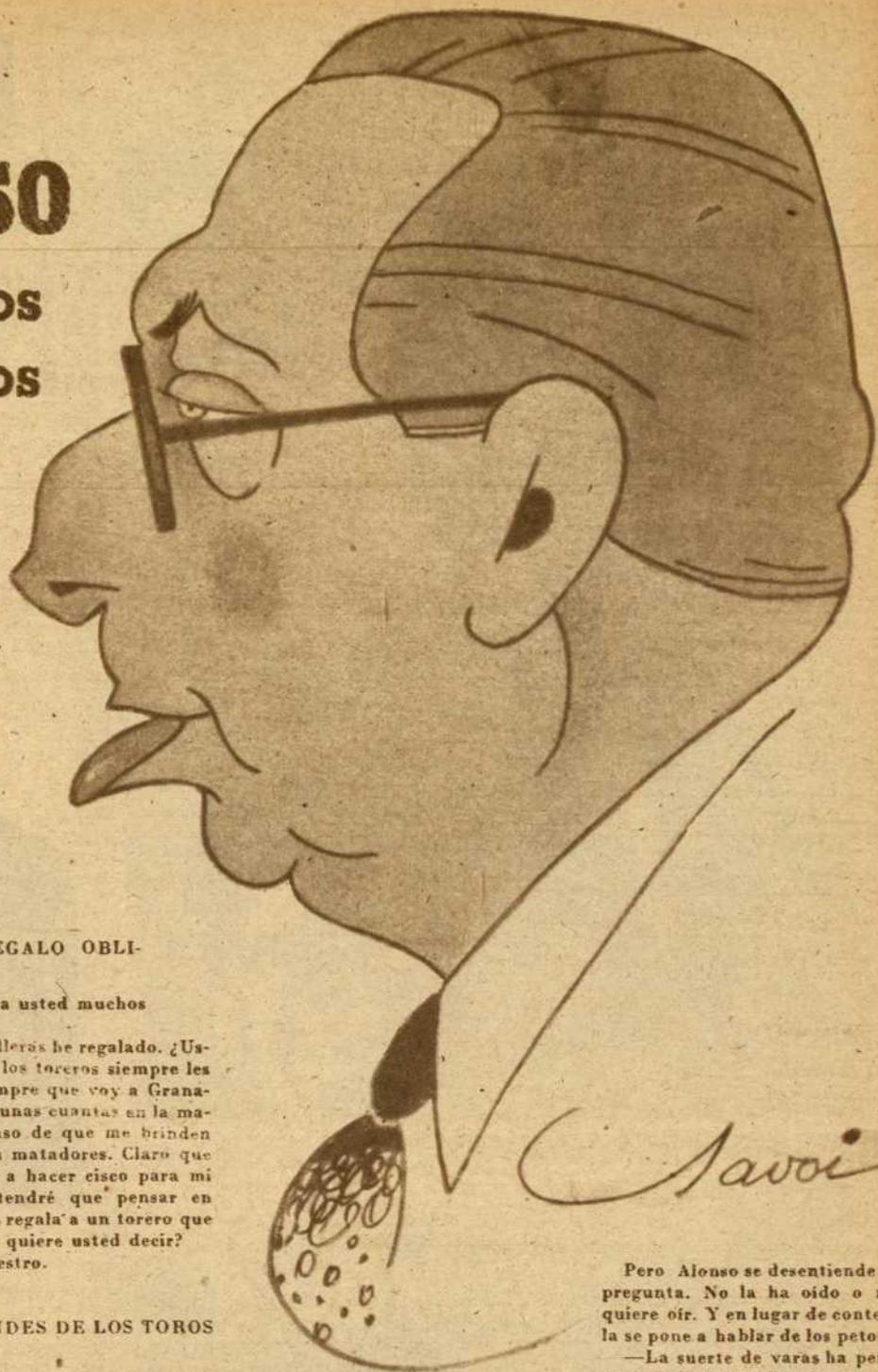
—¿Y en los tiempos que corremos?

—Hoy me entusiasma esa aparente facilidad de Manolete, que no debe de ser nada fácil; porque, ¿a qué se debe el que no lo hagan los demás? Y que éste es un torero que está bien en todas las corridas, hasta en las contadas ocasiones en que dicen que está mal.

—Maestro, ¿no se repetirá aquí el caso de Joselito? ¿No influirá su amistad con el cordobés?

—Aquí sí que no, porque da la casualidad de que conozco a todos los toreros, a todos, menos a Manolete. Nunca he tenido el gusto de cruzar con él la palabra. Esto es, pues, un juicio sin pasión. Lo mismo que los de José y Belmonte, a pesar de que yo fuera amigo del primero. ¿Le parece que diga lo que echo yo de menos en la fiesta? Echo de menos el que no toque el pasodoble español neto, esas piezas musicales que se llaman *La Giralda*, *La gracia de Dios*... ¡Tantos como hay! Y la verdad es que en los toros, me refiero a la Plaza de Madrid, tocan unos pasodobles que dan pena... Y eso que tan ligada está la música a la fiesta, que la piden en cuanto los toreros están bien.

—Creo que tiene usted razón, y hasta es posible que esas cosas que oímos en la Plaza obedezcan a la tentación de incluir determinados títulos, con vistas a las correspondientes liquidaciones. ¿No le parece?



Pero Alonso se desentendiende de la pregunta. No la ha oído o no la quiere oír. Y en lugar de contestarla se pone a hablar de los petos.

—La suerte de varas ha perdido en emoción y en eficacia a causa de los petos. El toro se desgasta y, lo que es peor, se desengaña al ver que no hace daño. Yo creo que

pese a su cacareada crueldad, estaba mejor como estaba. Aparte de que la cogida del caballo es un accidente, un fracaso del picador, cuya misión es defender a la bestia de la acometida del toro.

#### EL ESPECTADOR QUE HIZO ENMUDECER AL MAESTRO ALONSO

—¿Es usted espectador ponderado o de los que gritan?

—Soy un espectador contento. Desde que me encamino a la Plaza me invade la alegría. Gritar, no grito. No grito desde una vez que me ocurrió una cosa graciosa con un espectador...

—Vamos a ver.

—Aquella tarde ocupaba yo una localidad junto a Enrique Martínez Sierra, el gracioso autor, que se parece a Juan Belmonte de un modo extraordinario. Algunas filas delante se encontraba un aficionado de esos que lo encuentran todo mal y que se levantan a cada instante para protestar de algo. Yo no le conocía; pero, por gastar una chulla, cuando salió uno de los toros me levanté y me dirigí a gritos a aquel espectador, que tenía pendiente de sí a todo el tendido. «¡Don Vicente! —le dije, aunque no sabía cómo se llamaba—. ¡Ese toro no ve del izquierdo! Lo chocante es que aquel hombre se volvió a mí, para decirme: «¡Naturalmente! ¡Si lo estoy diciendo desde que ha salido!»

—Había picado.

—Ahora verá. Estimulado por el éxito, me pasé toda la tarde dialogando con él, y para apoyarme más me volví a Enrique Martínez Sierra y le preguntaba muy serio: «¿Verdad, Juan?» Y Enrique asentía gravemente con la cabeza. El espectador me daba la razón, y tan pronto como yo exclamaba «¡Don Vicente!», se levantaba, para exponer a gritos que él ya lo había notado. Al final, ya no se levantaba ni se volvía. Pero nos habíamos divertido tanto, que aun quise probar una vez más y le dije estentóreamente: «¡Don Vicente! ¡Ese toro es manso! Aquel aficionado se levantó, me miró muy serio y me dijo, tan alto, que se enteró toda la Plaza y hasta algunos que estaban fuera: «¡Oiga, maestro, de música entenderá usted mucho! ¡De esto, ni pío! ¡Desde ese día ya no he vuelto a gritar en los toros.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

# Charla de fin de temporada

«Ni mi estado, ni mis facultades ni mi afición son los de un vencido»  
«En trance de enumerar, prefiero los públicos de Madrid y Sevilla»



La franca sonrisa de Martín Vázquez

EN la flor de sus veintitantos años, inteligente de buena figura, dotado de don de gentes, de cortésia innata y con un inveterado optimismo, Manolo Martín Vázquez, desde el primer momento, encontró expedito el camino para sus legítimas y juveniles ambiciones.

Con todos estos factores a su favor, más el sortilegio de un apellido de gran solera taurina, el primogénito del señor Curro tenía amplios horizontes ante sí, en la profesión de sus mayores.

A mi juicio, algo vino a perjudicarlo, y fué el que desde que llegó al mundo le sonrió una vida prodigiosa en mimos y alejada por completo de las amarguras de la pobreza. Esto, unido a las graves cornadas sufridas, pudieran ser la clave de que un torero tan completo y tan artista no haya alcanzado todavía un primerísimo puesto entre las figuras preclaras del toreo.

Es muy difícil que los que no pasaron por ásperas pruebas en su adolescencia lleguen luego a poseer ese tesón y esa fuerza de voluntad que atestiguó Curro Martín Vázquez, uno más entre aquellos mocitos que sin otro bagaje que una vieja muleta, un pañuelo grande donde envolver los capotillos y un palo para colgarse el hato al hombro, amén de muchas ilusiones, se lanzaban por los polvorientos caminos de Andalucía a la conquista de la fortuna, las más de las veces equívoca e inaccesible.

De cuantos peligros acechaban a los torerillos el toro era el de menos monta. Ofrecían mayores riesgos el hambre implacable, el rigor de los escopeteros o la barbarie de los mozallones pueriles. Y ¡cuánto de todo esto podía hablar nos el viejo torero sevillano!

Lo que sí hay de común entre padre e hijo son las cornadas. Al primero, veinte años de torería le produjeron no menos de catorce gravísimos percances. Cuatro lleva ya sufridos Manolo, y precisamente el de mayor gravedad —el último, acaecido en Valencia a principios de la pasada temporada— cortó bruscamente una campaña iniciada bajo los más risueños auspicios.

Pensando en el viejo aforismo taurómico de que «por las heridas se va el valor y la confianza de los toreros», mi primera pregunta fué encaminada a sondear la seguridad en sí mismo de Manolo.

—De la misma manera —contestó— que me rehice después de mis anteriores percances he conseguido ahora recuperarme totalmente. Los decaimientos en los toreros sólo pueden producirse por falta de voluntad del artista, y ni mi edad, ni mis facultades, ni mi afición son de un vencido.

—Pues con un poco de suerte, si de veras te propones dar el estirón, no soy de los que duden en la rápida mejora de tu situación.

—Hace un año, por estas fechas, me propuse recobrar el terreno perdido, y en las cinco corridas en las que actué fui a más en ánimos y en decisión; pero vino la cornada, y... menos mal que aun puedo hablar de ello.

—¿Cuál ha sido hasta la fecha tu más completa temporada?

—La última de novillero. Corté orejas en la mayoría de las Plazas en que actué. El año siguiente hubiera sido el de mi consagración en el toreo si otra cornada doble en el abdomen y en la pierna izquierda, toreando en Madrid, no me hubiera hecho volver a empezar de nuevo.

—¿Recuerdas tu tarde mejor?

—No se me olvidará tan fácilmente una actuación mía de novillero en la Plaza de las Ventas, con un bicho de don Manuel Arranz. ¡Lo que yo daría por repetir aquella tarde, en la misma Plaza!

Otro recuerdo muy agradable es el de mi despedida de novillero del público de Sevilla. Figúrate qué haría para cortar cuatro orejas y dos rabos, y eso que a mi segundo lo condenaron al tuesten, y hasta poniendo banderillas de fuego conseguí que me ovacionaran.

Y ya que nos ocupamos de buenas memorias,



Manolo Martín Vázquez en dos momentos de su afición favorita: la caza mayor



Manolo ha divisado una perdiz y apunta con puntería para que el tiro no le falte

# MANOLO MARTIN VAZQUEZ habla para EL RUEDO

“Joselito fué el primero en dar al toreo tal sensación de seguridad, que hasta el peligro parecía no existir”



no quiero silenciar mi mejor tarde de matador de toros.

—¿También tuvo a Sevilla por escenario?

—No; esta vez lo fué Valencia, con motivo de una corrida de Villamarta que allí lidié con Marcial y Manolete. Quizá haya sido en esta actuación cuando he toreado mejor a un toro. Conseguí llevarme las dos orejas, el rabo y una pata.

—Y artísticamente, ¿dónde arranca tu disgusto mayor?

—Moral y físicamente, lo tengo de esa corrida de que antes te hablé, y en la que resulté gravemente cogido. Me salió un toro muy difícil, y sin haberle dado más de un solo pinchazo, el presidente me envió un aviso. Por entenderlo precipitado en extremo, el público, unánimemente, protestó la determinación presidencial.

Aquel aviso —fuera o no inmerecido—, por ocurrir en Plaza de tanta responsabilidad como la de Madrid, me dolió tanto como la cornada que me produjo mi segundo toro de la tarde.

—Hablando con tu hermano Pepín, se mostró poco partidario de intervenir en corridas en las que tomara parte alguno de sus hermanos. ¿Abundas tú en el mismo parecer?

—Pues, mira, si he de ser franco, tampoco a mí me haría mucha gracia actuar con alguno de los dos. Ahora bien; torear con ellos me hace el efecto de que el peligro que corremos es mucho menor, aunque no pase de ser un efecto de espejismo.

—¿Hacia qué públicos se encaminan tus preferencias?

—Será porque en todas partes tenga buenos amigos o porque yo me encuentro bien en cuantos lugares visito, el caso es que tu pregunta me resulta muy difícil de contestar de una forma categórica. Pero en trance de enumerar, pues me inclino por Madrid y Sevilla.

—¿En qué momento de la corrida te encuentras más a gusto?

—Si he tenido una buena tarde, prefiero ese instante en que a mi enemigo lo llevan al de-

—Contribuirías a introducir modificaciones en la fiesta?

—A lo sumo, procuraría que la suerte de varas volviera a tener la belleza de que gozó en tiempos pasados. Dejo a salvo la intervención del picador, ya que con petos y deficientes ca-

—¿Cómo son, amigo Manolo, los toros de tu predicción?

—Terciados. Un toro gordo se agota a los pocos momentos de surgir al ruedo. Y los toros chicos, por disminuir la sensación de peligro, restan importancia a cuanto con ellos se hace.

—¿Temes la competencia de los diestros extranjeros?

—Si y no. Para nuestros públicos, todo torero del exterior le representa lo desconocido, la novedad en una palabra, y esto siempre reporta perjuicios para los toreros de casa. He dicho también que no temo mucho esta contingencia, porque, además de saberme todas las papeletas del oficio, me encuentro de nuevo en plenitud de facultades.

—Y al margen de tu profesión, ¿quieres decirme tus aficiones favoritas?

—Nada tiene para mí tantos atractivos —después del toro, como es lógico— como las peripecias de la caza mayor, además de constituir un poderoso medio de entrenamiento. Al igual que a la mayoría de los toreros, también me agrada correr las liebres y el acoso de reses en campo abierto.

—¿A qué gran figura del toreo —que no sea de tu familia— admiras más?

—A Joselito, que entre otras virtudes taurinas tuvo la de ser el primero en dar al toreo tal sensación de seguridad y dominio que hasta el riesgo parecía inexistir.

F. MENDO



Martin Vázquez en su charla para EL RUEDO



Manolo Martín Vázquez hace un alto en lo que para él es un entrenamiento y es un pitillo. (Fots. Manzano.)

# DEL VALOR Y DEL MIEDO

Por FELIPE SASSONE



Juan Belmonte en un alarde de temeridad al dar un ceñido molinete

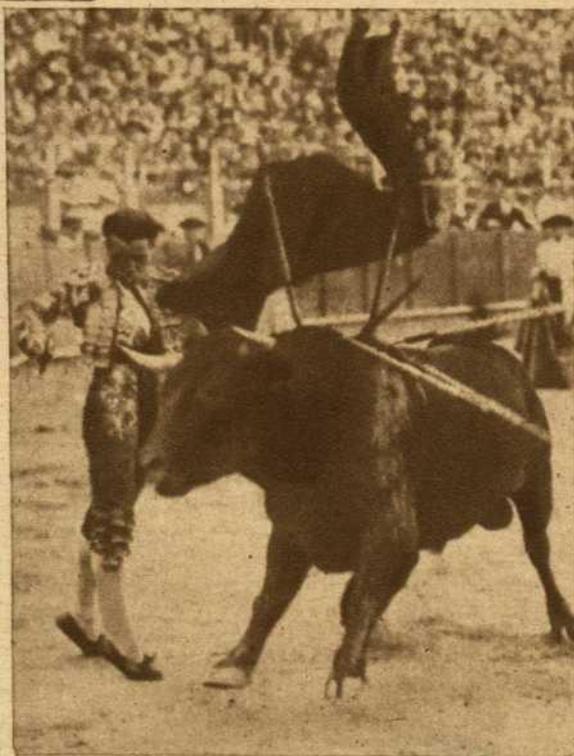
**P**ERO Grullo hubiera podido decir: Con valor y sin sabiduría no se puede torear porque no te dejará el toro; con sabiduría y sin valor no se puede torear porque no te dejará el miedo.

Hoy puede el torero tomar el té de las cinco, trascender a agua de colonia y torear como un artista.

El torero no necesita ser valiente a todo trance ni en todos los trances. Quiero decir con ello que no hace falta que tenga el alma echada a la espalda. Ha de ser valiente sólo con el toro. Cuentan de Salvador Frascuelo que era brayo con los toros y no con los hombres, y de su hermano Francisco, el Merluza, que así le llamaban, que era bravo con los hombres y no con los toros. Sólo el primero fué famoso como lidiador.

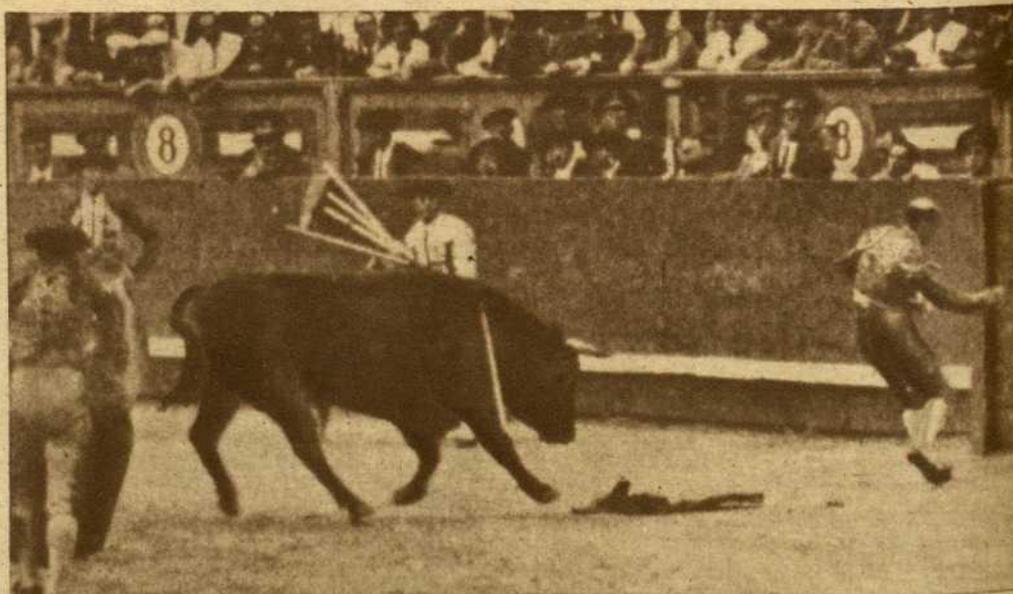
La emoción de torear se funda en el placer de vencer el miedo. Pero no es torero el que vence el miedo, sino el que no lo tiene. Porque se puede vencer por un momento; pero la victoria no dura y el miedo vuelve, y el valor del valor del torero depende de su constancia. El torero ha de pensar siempre en el toro sin que le turbe el ánimo su pensamiento. Porque ha de poder dormir cuando no torea. Cuando se contrata en las grandes ferias, y tiene corrida un día sí y otro también, ha de poder dormir en el tren y en el automóvil. Y ha de tener tranquilidad cuando se viste para atender a qué la costura de la media caiga en el centro de la pantorrilla, sin pensar mientras lo hace en los cuernos del toro ni oír casi las majaderías o las impertinencias, muchas veces inocentes, de los incondicionales amigos preguntones, consejeros y curiosos que acuden a verlo vestir. Feliz el torero que unas horas antes de salir al ruedo se inquieta por el amigo que no encontró localidades más que por el lote que le correspondió en el sorteo. Por eso el torero bien avisado renuncia a ver al toro en el apartado, cuando es amenaza quieta que puede convertirse en obsesión temerosa, y sólo prefiere verlo en el ruedo, cuando ya es enemigo del que importa defenderse. Porque la acción le quita el miedo. Se es torero generalmente por contagio, por imita-

ción, porque se nace de torero y se vive entre toreros y, por consiguiente, entre toros. Y el hábito disuelve el miedo; pero lo disuelve porque engendra sabiduría. Cuando se aprende a torear se aprende a no temer. Por eso el único valor eficaz depende en el torero de la seguridad y de la confianza en su propia destreza. Por eso no todos los toreros son valientes en todas las suertes, sino sólo en aquellas que saben ejecutar, y se da el caso del gran banderillero que no se acerca con el capote y del peón valentísimo que se siente desarbolado cuando sólo lleva en la mano los palos; y del muletero que le pisa al toro el terreno y lo domina, y luego se echa lastimosamente fuera al entrar a matar, y, por el contrario, el del torpón y vacilante con el trapo que sólo está deseando que el toro le quite las manos para tirarse a él derecho, espada en ristre, como el nadador seguro que se tira de cabeza al mar. Como en todos los lances de la vida, en los lances del toreo hay dos clases de valor: el impetuoso y el sereno. Hay un hombre que ante la amenaza que del enemigo le cuentan no puede soportarla y lo va a buscar en seguida para deshacerla; hay otro que al saberse amenazado no se inquieta por ello y aguarda tranquilo a que vengan a cumplirla porque se siente seguro de poderla vencer. En ninguno de los dos casos hay, y por eso en los dos casos es valiente. Así también en el toreo, según el temperamento de cada uno, hay quien resuelve mejor los lances en que él ha de «tomarse la salida», y quien se desenvuelve mejor, en los lances en que la salida la marca él. Hay quien se especializa en poner banderillas al quiebro porque no se atreve a correr hacia el toro para ponérselas al cuarteo; hay quien mata con gran facilidad recibiendo suerte en que el toro entra, porque no se atreve a tirarse a volapié, suerte en la que el matador ha de entrar. Pero como el arte del toreo todo entero consiste a la vez en dejar llegar al toro y en saber llegarle al toro, no es torero completo e íntegro sino el que hace las dos cosas. Y las dos cosas sólo pueden hacerse con sabiduría; porque el valor no da conocimiento, pero el conocimiento muchas veces da valor. Aunque ni que decir tiene que el miedo a veces no ya el conocimiento quita, en lo que conocer significa saber, sino que borra la lógica y el entendimiento. Pasaba un chiquillo delante de un cartel de toros, e iba de la mano de su padre, y al ver la estampa del cornúpeto en el papel, logró desasirse y echó a correr munito de miedo, y como le siguiera su padre gritándole: no corras, que está pintado, el chiquillo, sin dejar de correr y perdiendo el suelo por el pánico, le respondió: «¿Y si se des-pinta?»



Hace falta mucho valor para dar el pase de pecho que da Belmonte en esta foto

No le hace falta al torero ser siempre un valiente. Por eso dijo Pero Grullo: con valor sin sabiduría no se puede torear porque no te deja el toro; con sabiduría sin valor no se puede torear porque no te deja el miedo.



La clásica "espantá" de Rafael, el Gallo, aunque después asombrara al público en un alarde de valor, genio y figura...



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# EL GALLO Y EL DIVO

**C**UALQUIERA que leyere el título que encabeza estas líneas pudiera pensar que hoy nos apartamos de la línea marcada a nuestra divagación semanal. Y que vamos a salir hablando de filados, gorgoritos y algún do de pecho que otro. Y no, señor: no es por ahí. Porque sí, en efecto, hay una ópera torera —*Carmen*— que pudiera dar lugar a disquisiciones taurómaco-líricas, el hecho de estar escrita por un hombre que desconocía nuestra fiesta —aunque dicen que vió algunas corridas de toros— nos la pone lejos de todo comentario.

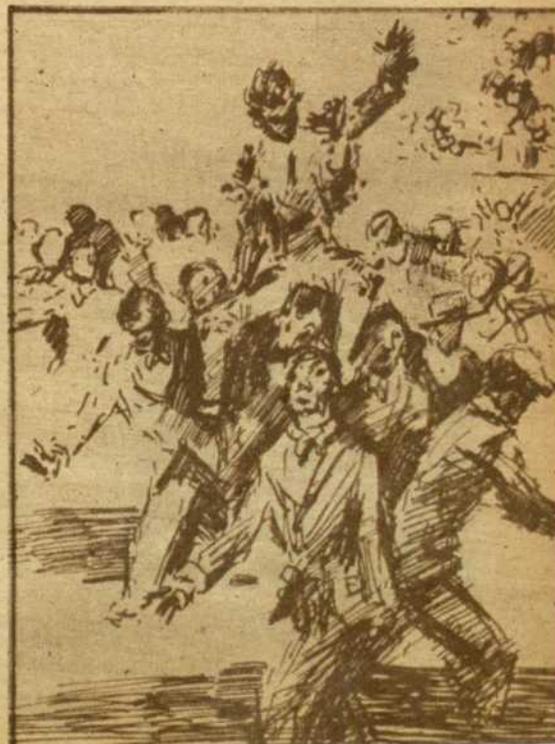
La razón de nuestro título se debe a que en la foto, junto a Rafael Gómez Ortega, el Gallo, aparece Titta Rufo, el baritono de fama mundial. Los ha reunido el azar, seguramente en alguna fiesta dada en honor del primero o del segundo, o de los dos a la vez. Y a la hora de disparar el magnesio ninguno ha tenido inconveniente en salir junto al otro. Porque ambos estaban seguros de que su valor no admitía chanzas ni eutrapelias. Y porque al insigne baritono, de fama mundial y de segura y hermosa voz, en sus largos viajes por el mundo, desde la Scala italiana al Metropolitan neoyorquino, con paradas en todas las capitales importantes de la tierra, nadie pudo oírle nunca ni el más ligero esbozo de un tenue "gallo". No es, por tanto, de extrañar que el famoso divo, seguro de su magnífica garganta, no tuviera inconveniente alguno en retratarse junto

al Gallo, con la seguridad absoluta de que nadie había de pensar que fuese suyo.

Por lo que al matador gitano respecta, nada nos extraña, porque, a fuerza de hacer cosas inesperadas, ya hasta lo más estrambótico parecía —y aun debe parecer— consustancial con él. Por otra parte, si hubo alguien en la reunión que le avisó de la coincidencia, no es difícil suponer que a él, hombre de resortes y recursos ante cosas más serias y con dos cuernos como dos cirios, se le hubiese ocurrido decir que Rafael Gómez era mucho "gallo" aun para una garganta tan privilegiada como la de Titta Rufo.

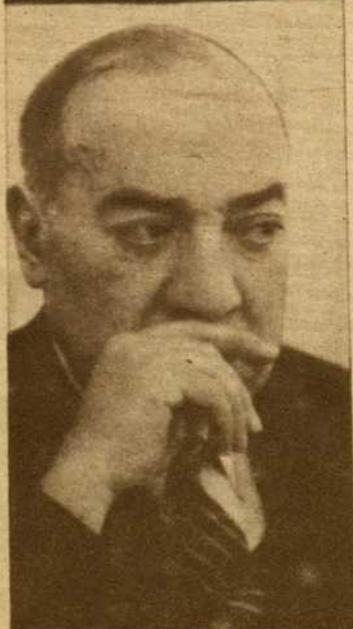
Y es verdad. Porque, en fin de cuentas, si al insigne divo se le hubiese escapado algún día, junto a las candilejas, un "gallo" de la categoría del gitano, estamos seguros de que hubiera recibido una de las ovaciones mayores de su vida.

Esto, naturalmente, habida cuenta de que el público ante el cual le hubiese acontecido semejante "tragedia" artística al insigne Titta Rufo hubiera tenido un ápice siquiera de educación taurina, o acertado a relacionar los dos "acontecimientos".



en la foto, junto a Rafael Gómez Ortega, el Gallo, aparece Titta Rufo, el baritono de fama mundial. Los ha reunido el azar, seguramente en alguna fiesta dada en honor del primero o del segundo, o de los dos a la vez. Y a la hora de disparar el magnesio ninguno ha tenido inconveniente en salir junto al otro. Porque ambos estaban seguros de que su valor no admitía chanzas ni eutrapelias. Y porque al insigne baritono, de fama mundial y de segura y hermosa voz, en sus largos viajes por el mundo, desde la Scala italiana al Metropolitan neoyorquino, con paradas en todas las capitales importantes de la tierra, nadie pudo oírle nunca ni el más ligero esbozo de un tenue "gallo". No es, por tanto, de extrañar que el famoso divo, seguro de su magnífica garganta, no tuviera inconveniente alguno en retratarse junto

# La Maestranza espera la feria de abril



Gestos de don Eduardo Pagés, en su charla para EL RUEDO

«Estamos en el apogeo de la fiesta; nunca como ahora hubo mas afición ni mayor entusiasmo»

Es tradicional que todos los años don Eduardo Pagés —empresario de la Maestranza— dé a conocer los carteles de la feria abribeña a los críticos taurinos sevillanos en una reunión amigable, donde, como es lógico, no hay más tema de conversación que la fiesta de toros. Este año las combinaciones de toros y toreros fueron conocidas con cierta antelación —merced a la habilidad reporterial de algunos periodistas—; pero el almuerzo se celebró, y, una vez más, se comentó ampliamente la actualidad taurina y los problemas que complican en el momento presente el llamado negocio de los toros. Pagés —aunque otra cosa se diga por ahí— esconde bajo la seriedad del hombre que vive preocupado de los números una sensibilidad poética de la que EL RUEDO se ha hecho eco en una ocasión y una cordialidad extremada que se desborda en el elogio de la fiesta —porque su afición va más allá de su negocio—, o que encuentra cauce emocionado en la contemplación de unas fotos de su hijita, sevillana por la gracia de Dios, como cualquier mortal sin complicaciones financieras. Ese Pagés, afable, que proclama que es un chulo de la fiesta brava, que reconoce su impopularidad entre el gran público, pero que se precia de ser un buen aficionado, es el que traemos hoy a las páginas de EL RUEDO, en la seguridad de que tiene sobrados títulos para dejar oír su voz...

—Si la afición y el entusiasmo —nos dice Pagés— que yo he puesto en el negocio de los toros lo hubiese aplicado a otra actividad, seguro es que a estas horas mi nombre figuraría entre los primeros de los que se dedican a ella. Lo digo aunque alguien crea que es inmodestia... Pero me precia de tener un conocimiento vastísimo de la fiesta. Me ha preocupado tanto, que he llegado hasta las más apartadas Plazas de Toros de América. Conozco los nombres de los novilleros olvidados en el último rincón de España, y podría en cualquier momento decir cómo va la temporada en Cartagena de Indias, por ejemplo... Creo que tengo —aparte de una larga experiencia— suficientes razones para titularme buen aficionado.

—Y con ese solo título, ¿usted qué opina del momento actual de la fiesta?

Pagés contesta rápido, rotundamente:

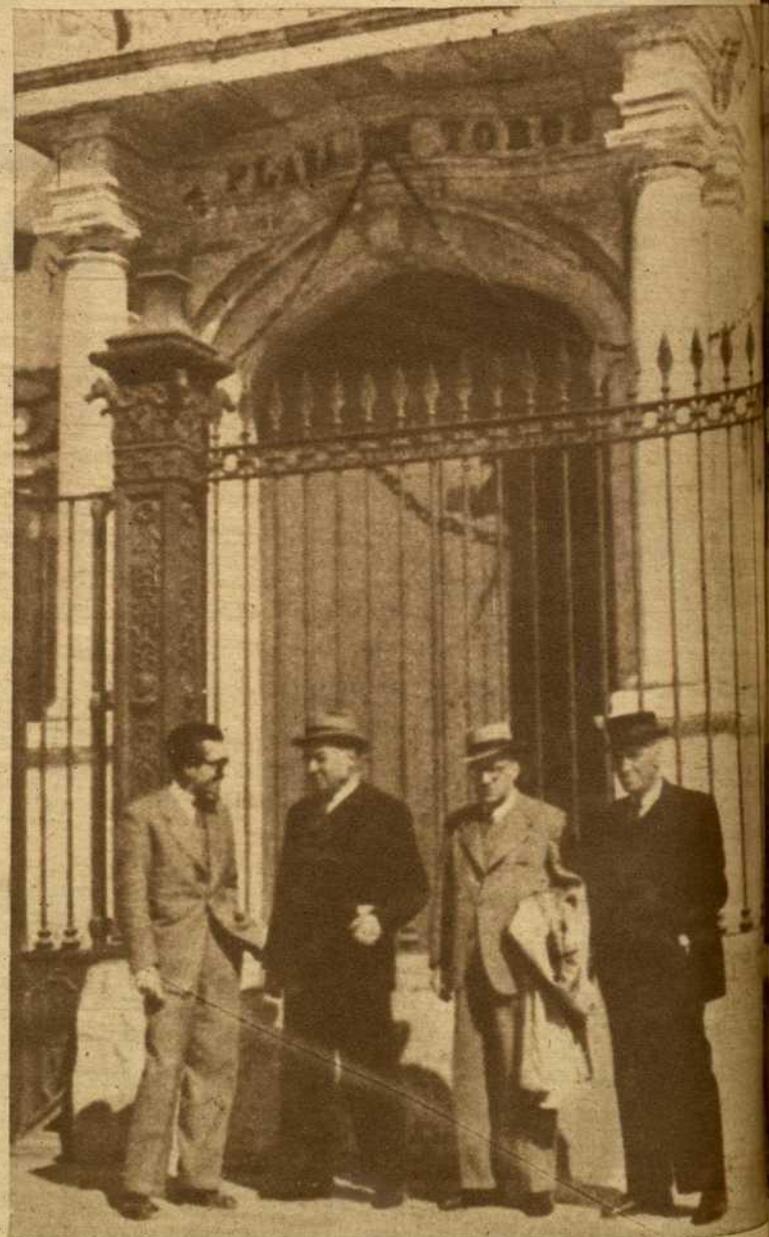
—Que nos hallamos en el apogeo... Nunca, dígame usted así, interés tanto la fiesta de toros en España. Y conste que prescindiendo de mi condición de empresario para decirlo: Jamás esta fiesta —que es una de las cosas más serias del mundo, única donde se muere de verdad y donde se manejan millones de pesetas sin mediar más que la palabra dada— conoció mejores días. Hasta las publicaciones —libros, revistas, folletos...— dedicadas a ellas alcanzan una difusión que nunca lograron.

Intentamos una objeción: hablamos del toro chico, del llamado «medio toro», del ilícito «arreglo» de las reses bravas...

—Esa es la «leyenda negra» de los toros... No digo que en algunos casos se practiquen malas artes; pero categóricamente afirmo que jamás en las Plazas que llevé en arrendamiento o gestión se hizo lo más mínimo por quitar a los toros peligrosidad. En cuanto a la cuestión del tamaño del toro, creo que los que piden con tanta insistencia bichos grandes protestarían si todas las tardes salieran por el toril reses con cuatrocientos kilos. Tal como está la fiesta, teniendo presente el gusto de la gente, el toro no puede ser lo que era a principio de siglo, cuando todo consistía en que el bicho pasara de un lado para otro siguiendo el engaño del capote o de la muleta. Por otra parte, ¿saben los que defienden el toro grande que Lagartijo mató reses que pesaron doscientos cincuenta y un kilos? ¿Es que creen que el toro chico o el mal llamado «medio toro» no ofrecen peligro? ¿Saben, por casualidad, el peso de Bailaor, de Perdígón y de otros bichos que ocasionaron la muerte o graves perances a diestros de reconocida y general fama? La emoción de la fiesta no está en el tamaño, sino en la casta del toro. Esto no quiere decir que se lidien becerras por toros, sino que el toro ac-

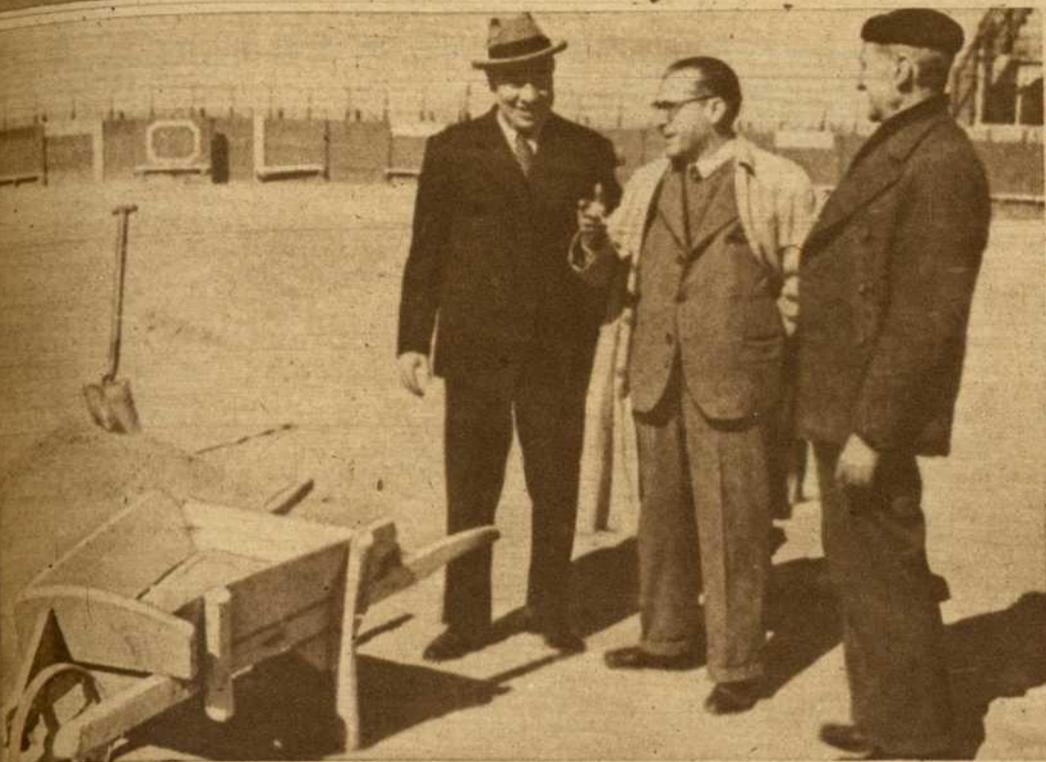


Don Eduardo Pagés, acompañado de nuestro representante, Raimundo Blanco, y del redactor-corresponsal de EL RUEDO, Narbona, recorriendo el ruedo de La Maestranza, para inspeccionar los últimos preparativos para la próxima feria de abril



El empresario de la Plaza sevillana, señor Pagés, en la Puerta del Príncipe, junto a nuestro redactor-corresponsal, Narbona, y el señor Ruiz Cruz

# Con EDUARDO PAGES, en el ruedo de la Plaza de Toros de Sevilla



Pagés y el señor Ruiz Cruz, en el centro del ruedo, conversando sobre las obras que se están realizando en la Plaza sevillana

«JUAN BELMONTE fué el primero que hizo a la gente olvidarse del toro, para no ver más que el torero»

tual tiene el toro que necesita. Ni más ni menos.

—Esa evolución es el gusto de los públicos, ¿cuándo se inició, a su juicio?

—Con Belmonte. Yo creo que fué el primero que hizo a la gente olvidarse del toro, para no ver más que al torero. A Belmonte cabe también la gloria de haber incorporado a la afición a ese núcleo de intelectuales que desde el derrumbamiento colonial van predicando contra nuestra fiesta de toros. No sé si fué su estilo extraño a los moldes clásicos o aquel patetismo casi literario que Juan arrastraba lo que convenció a los intelectuales; pero lo cierto es que desde entonces

el toro no tuvo enemigos serios en España. Y buena prueba de ello es la reciente justa literaria en honor a Manolete, que reunió en Madrid a los más preclaros ingenios de nuestras Letras...

Con el nombre de Manolete ha surgido el tema de los toreros de hoy. Pero éste es un terreno más delicado, sobre todo cuando acabade ajustarse el cartel de las corridas de feria, en las que, como siempre, fué imposible contentar a todos.

—Yo, como empresario, tengo mis preferencias... Como aficionado comprendo y justifico el apasionamiento de unos y otros; pero estimo que por encima de todo está la fiesta, que es eterna, mientras que los toreros, aun los mejores, pasan... Son tan sólo la circunstancia feliz de un momento. Si por un imposible azar prescindiéramos ahora mismo de los carteles formados para la feria abriñena, seguiríamos acudiendo a la Maestranza cuando llegara la hora, como siempre se hizo, como se hará siempre.

—En estos días se habla de la posibilidad de ampliar el aforo de la Maestranza añadiendo dos filas de barreras, que disminuirían el ruedo. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Yo no tengo noticia alguna de tal cosa. Como empresario, naturalmente, no me opondría... Pero como aficionado, y en ese terreno tengo a la Maestranza por el ruedo de más prestigio de España, creo que sería una lástima alterar esa acabada armonía del ruedo del Baratillo, que se hizo así y así debe seguir. Por otra parte, si algún día se intenta hacer otra Plaza, porque el aumento de población de la ciudad lo exija, creo que será muy difícil llevar a la gente a ella si por entonces está aún en pie la Maestranza. En los toros puede mucho el recuerdo, y haría falta un siglo para olvidar lo que en la fiesta ha significado y significa la actual Plaza sevillana.

Se habla del encarecimiento de las entradas, de los elevados presupuestos de las corridas de feria. Alguien apunta que llegaremos a un momento en que ir a los toros costará una fortuna. Pagés saca una libretita misteriosa y lee unos números. Después aclara:

—Yo fui uno de los que luché por mantener los precios bajos para que la fiesta no se convirtiera en lujo de poderosos... Pero fui rebasado por los acontecimientos. La gente hoy no pide más que carteles buenos, sin preocuparse de lo que ha de pagar. Y yo no soy nadie para ir contra ese deseo del público. Los toreros ven que las Plazas se llenan y exigen, como es natural...

—¿Hasta dónde iremos por ese camino?

—Hasta donde el público quiera.

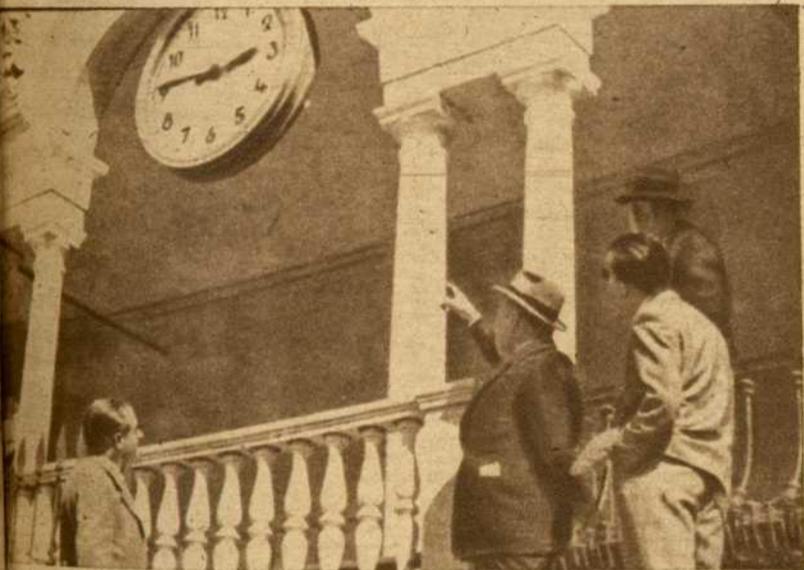
—La última pregunta, señor Pagés: ¿Está usted satisfecho de los carteles de la feria abriñena?

—Sí... Y creo que también lo estarán los aficionados. Ver en tan corto espacio de tiempo cuatro corridas a Manolete no le será posible a todos los públicos de España. Y piense que la corrida que abre la feria es nada menos que la de Manolete. Pepe Luis Vázquez y Arruza. ¿Es que hay posibilidad de ofrecer un cartel mejor?

Nos hemos despedido de Don Eduardo Pagés. Cuando estrechábamos su mano, recordábamos sus últimas palabras: Creo que también estarán satisfechos los aficionados.

Esperemos.

FRANCISCO NARBONA



El reloj de La Maestranza está parado... y Pagés, señalándolo con su mano, parece decir que la hora de la Plaza sevillana llegará muy pronto



Pagés, iniciando un pase natural, en el centro del ruedo. Ese pase con el que todos los aficionados sueñan ver a los grandes matadores que alternarán en la feria de abril



Pagés, en su charla para EL RUEDO (Fots. Arenas.)

## VALORES TAURINOS

# José González, Pinetos



LA tradición taurina cordobesa, hoy mantenida brillantemente por ese genio del arte de Lagartijo que se llama Manuel Rodríguez,

Manolete, ha de tener, sin duda, una continuación en la pléyade de novales espadas atraídos por la leyenda de aquellos grandes diestros hijos de Córdoba, cuyos nombres han pasado a ser esculpidos con caracteres aureos en la historia del toreo y por la brillante realidad de

este moderno Califa que es Manuel Rodríguez.

Una de las más fundadas esperanzas entre los noveles diestros cordobeses es éste, cuyas fotografías publicamos: José González, Pinetos.

Su nombre ya ha figurado en carteles de postín; su valor y su arte han sido admirados y aplaudidos por autoridades de la fiesta, y público y crítica han apreciado en Pinetos un positivo valor, una figura en ciernes, que continuará la

tradicción torera cordobesa, manteniéndola en un superior plano de prestigio.

Hay en el toreo de José González, Pinetos, ese peculiar sello que hoy se precisa para destacar en la difícil profesión. Hay valor sereno y consciente y estilo depurado; hay, tam-

bien, sobre todo, afición, que es, a fin de cuentas, el factor principalísimo para llegar a ser algo en la fiesta. La afición ha aplaudido y elogiado sin

resaca las disposiciones de este novillero cordobés para alcanzar el grado de figura. Las fotos que acompañan a estas líneas pueden servirnos como excelente punto de referencia para demostrar cuanto decimos. En ellas se aprecia esta circunstancia: en Pinetos se nos ofrece algo más que un to-

rero. En él hay, además, un artista. Con la inspiración que toda obra de arte necesita para ser creada torea este muchacho, nacido en Córdoba.



Tres momentos de la actuación taurina del nuevo valor cordobés José González, Pinetos



## Nuestra contraportada

# Rafael Gómez, Gallo

Por BARICO



DE Rafael Gómez se ha dicho que nació en Pozuelo. La verdad es que de Rafael se han dicho las cosas más peregrinas que una imaginación calenturienta puede soñar, y así, nada de extraordinario tiene que haya quien asegure que Rafael nació en Pozuelo y hasta dé detalles—muy pintorescos por cierto—del viaje que en coche hicieron los invitados, con el señor Fernando y su retoño, con el fin de bautizar en Madrid a Rafael. Los aficionados, que no se preocupan ni poco ni mucho de los datos biográficos de los toreros, creen que el popularísimo Gallo III es sevillano. Ni de Pozuelo, ni andaluz. Rafael Gómez nació en la que es hoy calle de Los Madrazo (en la fecha de su nacimiento, de la Grada), de Madrid, el 17 de julio de 1882.

Rafael se crió en Sevilla, y en la pequeña Plaza que en Gelves tenía su padre recibió de éste las primeras lecciones. Se presentó como bucerista en Valencia el 8 de abril de 1897. Formó pareja con Revertito y toreó luego con Muehaquito y Lagartijo Chico. En 1898 formó cuadrilla con Manuel Molina (Algabeño Chico), con el que se presentó en Madrid el 15 de mayo de 1899. Se separó de Molina y actuó como novillero hasta el 23 de septiembre de 1902, fecha en la que Emilio Torres le dio la alternativa en la Plaza de Sevilla, con ganado de Olsaurruichi. Lagartijo Chico le confirmó la alternativa en Madrid el 20 de marzo de 1904 con toros de la ganadería de Veragua.

En dicho año de 1904 toreó treinta corridas; en 1907, seis; en 1908, cuarenta y una. De 1910 a 1914 no se hizo cartel importante sin contar con él. En 1912 llegó a torear setenta y cuatro corridas. A instancias de Joselito se retiró en Madrid el 10 de octubre de 1918; pero al año siguiente volvió a torear. En 1920 toreó cincuenta y cinco corridas y cerca de cuarenta en 1921. El año 22 lo pasó en América; volvió a España en 1923 para torear pocas corridas, y tornó a las Repúblicas americanas. En 1926 le firmó Pagés una exclusiva; regresó a España y toreó treinta y cuatro corridas. Toreó en 1927 y 28, y antes de que terminara esta temporada marchó a la Argentina. Regresó a España en 1934 y aun toreó veintinueve corridas. En 1935 actuó en seis corridas, la última en Valencia el 6 de octubre con El Soldado y Rafacillo, al que dio la alternativa, con toros de Justo Puente. Fue esta corrida de Valencia la última que Rafael ha toreado vestido de luces.

Que nosotros sepamos, Rafael ha sido el único torero que ha firmado un contrato en la cárcel. Era novillero y actuaba en la Plaza de Sevilla. El ganado era de Concha y Sierra; la muerte de su segundo se lo brindó al capitán general de la región, don Agustín Lanza. No pasó del brindis, porque le apidó torear el pánico que se apoderó de él. Se produjo un escándalo y el juez, la presidencia amenazó con castigos terribles al matador; los amigos de Rafael pretendieron, por mil maneras convencerle de que debía torear, y como todo fue inútil, Rafael dió con sus huesos en la cárcel. Intervino en su favor el capitán general, a pesar de que no podía explicarse el porqué del brindis, y Rafael sólo estuvo encarcelado una hora. En esa hora, mientras duró el encierro, se presentaron en la cárcel los empresarios de las Plazas de Sanlúcar y Cádiz. Los dos después del espectáculo dado por Rafael, querían contratarle y ofrecieron condiciones ventajosísimas. Logró el contrato el de Cádiz y el documento se firmó allí mismo. Este hecho dará idea bastante clara al lector de lo que El Gallo ha sido en el toreo. Interesaba al público hasta cuando se negaba a torear.

En 1912 tiene tres actuaciones casi seguidas en Madrid, que también ayudan a conocer a este torero extraordinario y extraño. El 2 de mayo toreó reses de Bañuelos con Vicente Pastor y Rodolfo Gaona. En su primer toro estuvo muy mal, y en su segundo hizo una gran faena y lo mató muy bien. Tan bien, que le fué concedida la oreja de Pánuero, y así se llamaba el toro primera que Rafael cortó en Madrid. El día 12 del mismo mes de mayo vuelve a actuar en Madrid. Se deja vivo a su primero, de la ganadería del duque de Tovar, y a su segundo, de la de Olea, le hace una faena máxima y la mata devastosamente. Tres días después toreó nuevamente en la misma Plaza. Los toros son de Aleas, y los compañeros de cartel de Rafael son Ricardo Torres y Vicente Pastor. El público recibe al torero gitano con una bronca fenomenal. En su primer toro estuvo bien. En el sexto toreó de capa magistralmente; banderilleó como él solo, en tardes de fortuna, sabía hacerlo y luego hizo una faena asombrosa por el arte, la finura y el dominio que derrochó en toda ella. El público presenció en pie aquel prodigio. Citó a recibir y dió un pinchazo perfecto en todo lo alto; siguió con nueva brillantísima faena y mató de una estocada a volapié hasta la guarnición, en la misma cruz. Esta faena hecha al toro Jerezano, con la que hizo en la tarde del 20 de abril de 1915 a un toro de Salas en la Plaza de Sevilla, dejaron recuerdo en la afición de aquellos años. Toreaba en esta última corrida con Curro Posadas. El Gallo, después de torear y banderillar superiormente al tercero, brindó la muerte del toro a doña María Guerrero. Pidió una silla y—ante el arrebato de los espectadores, que no habían presenciado cosa parecida—y, sentado en ella dió los primeros muletazos. Siguió, ya de pie, derrochando arte y gracia y a espaldas una estocada a volapié de la que rodó el toro sin puntilla. Le concedieron las dos orejas y doña María Guerrero le hizo un espléndido regalo.

Ahora Rafael, que vive plácidamente con sus familiares, no desaprovecha ocasión de torear en festivales. Esto y los cigarros habanos son sus grandes pasiones.

## NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE DEL CLUB GUERRITA

El 28 de febrero de 1941, después de cuarenta y cinco años de existencia, fué disuelta en Córdoba esta famosa entidad taurina

Cuatro años se han cumplido de la muerte de Rafael Guerra, Guerrita. Cuatro años se cumplen también de la desaparición del Club que llevaba el nombre del diestro, en el que se rindió tributo de amistad y admiración al gran «Califa» por espacio de cuarenta y cinco años.

En la antigua taberna de San Miguel —que aun existe hoy— se reunía a diario un nutrido grupo de aficionados a la fiesta de los toros. Todas las noches la reunión se animaba con conversaciones en torno al taurino espectáculo, a las corridas presenciadas, a las hazañas de los toros —porque entonces se hablaba de «toros»— y a las proezas de los lidiadores. De aquella reunión entusiasta, a la que también solían concurrir ex toreros de fama y diestros en activo, salió la idea de fundar el Club Guerrita. Se constituyó, en efecto, la Sociedad, con fecha 18 de julio de 1896, y en el acta de fundación se expresa el número de amigos que constituían la Peña: setenta y ocho, exactamente.

La primera Junta de gobierno del Club Guerrita la integraron los siguientes señores:

Presidente honorario, Rafael Guerra, Guerrita; presidente efectivo, don José Carrasco Heredia; vicepresidente, don Rafael González López; tesorero primero, don Manuel Tienda Argote; tesorero segundo, don Eduardo Loaisa; secretario primero, don Antonio González García; secretario segundo, don Julio Aumente Díaz; vocales: don Juan Antonio Montero, don Francisco Simón Méndez, don Manuel Rojano, don Ricardo Serrano, don José Ruiz Moya, don Pedro Carretero Lozano, don Leopoldo Morelló y don Manuel Pérez Yuste.

La Junta acordó nombrar socios de mérito al famoso ex matador de toros Rafael Molina Sánchez, Lagartijo; a los matadores de alternativa, hijos de Córdoba, Rafael Bejarano, Torerito y Antonio de Dios, Conejito, y al infortunado ex diestro Rafael Sánchez, Bebe, en recuerdo al digno puesto que ocupó en el aspecto profesional.

### UN DIA DE SAN RAFAEL FUE INAUGURADO EL DOMICILIO SOCIAL

Oficialmente el primer domicilio social que tuvo el Club Guerrita se inauguró meses más tarde de ser fundada la taurina entidad. El acontecimiento se celebró precisamente en la fecha del 24 de octubre de 1896, fiesta onomástica de Rafael Guerra. Estaba situado este local en la calle Gondomar, número 1, piso alto del café La Perla. Sólo un año escaso estuvo el Club instalado en este local, que resultaba

insuficiente. Y el 20 de mayo de 1897 se acordó trasladarle a la calle del Gran Capitán, esquina a Gondomar, en el piso alto del café denominado La Cervecería. Allí estuvo el Club hasta que en el año 1902 se trasladó a la calle de Gondomar, n.º 19, en cuyo amplio edificio ha estado instalado hasta el fallecimiento de Guerrita, en que la Sociedad quedó extinguida, como diremos más adelante.



Rafael el Guerra, rodeado de sus admiradores y directivos del Club de su nombre, en Córdoba

### LAS TÍPICAS BECERRADAS «DE CONVITE»

Desde el año 1898 hasta el 1940, ambos inclusive, se celebraron las típicas becerradas «de convite», en honor de la mujer cordobesa.

En el palco presidencial, Rafael Guerra presenciaba satisfecho su becerrada «de convite». Al principio de organizarse estos festejos, tomaban parte en ellos los socios más jóvenes

del Club. La becerrada del Club —que Guerrita siempre costó de su peculio particular— constituía uno de los festejos de más intenso colorido de nuestra feria de mayo.

### EL CLUB SE EXTINGUIÓ A LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE EXISTENCIA

Cuarenta y cinco años de existencia tuvo el Club Guerrita. ¡Cuántas personas, amigos entrañables, devotos admiradores del Guerra o simples enamorados del arte del toreo y de sus figuras representativas, habrán desfilado en tal espacio de tiempo por ese museo taurino para observar de cerca los trofeos de incalculable valor histórico que allí se exhibían, testigos mudos de los triunfos del «Califa», o estrechar la mano firme y segura del lidiador famoso!

Cuatro presidentes tuvo tan sólo el Club, por el siguiente orden: don José Carrasco Heredia, don Mariano Franco Sangrador, don Rafael González López y don Antonio Alarcón Zeedor, todos de Córdoba. Los tres primeros dejaron de serlo por fallecimiento y el último vive aún, afortunadamente.

### DISOLUCIÓN DEL CLUB POR VOLUNTAD DE GUERRITA

La última Junta general que se celebró después del fallecimiento de Guerrita, fué en la fecha del 28 de febrero de 1941. Don Antonio Alarcón Zeedor era el presidente. Este hizo uso de la palabra y después de mostrarse apenado por el fallecimiento del presidente honorario de la entidad, dijo que «era voluntad de Guerrita que a su muerte se extinguiera la Sociedad de su nombre». El señor Alarcón propuso, pues, a la General la disolución del Club, y así se acordó unánimemente, cumpliéndose la última disposición del que durante tantos años había dedicado sus mayores desvelos a este evocador rincón que el Guerra consideraba como su segundo hogar.

JOSE LUIS DE CORDOBA



Rafael Guerra (Guerrita), en su despacho, y en el que pueden contemplarse los numerosos trofeos ganados en su vida taurina por el que fué famoso matador





Vicente Barrera, Pepe Bienvenida y Luis Gómez, el Estudiante, que participaron en el festival taurino celebrado en Tarancón (Cuenca)



Pepe Bienvenida en un adorno, después de una serie de lances con la capa

**EL DOMINGO, EN TARANCON**

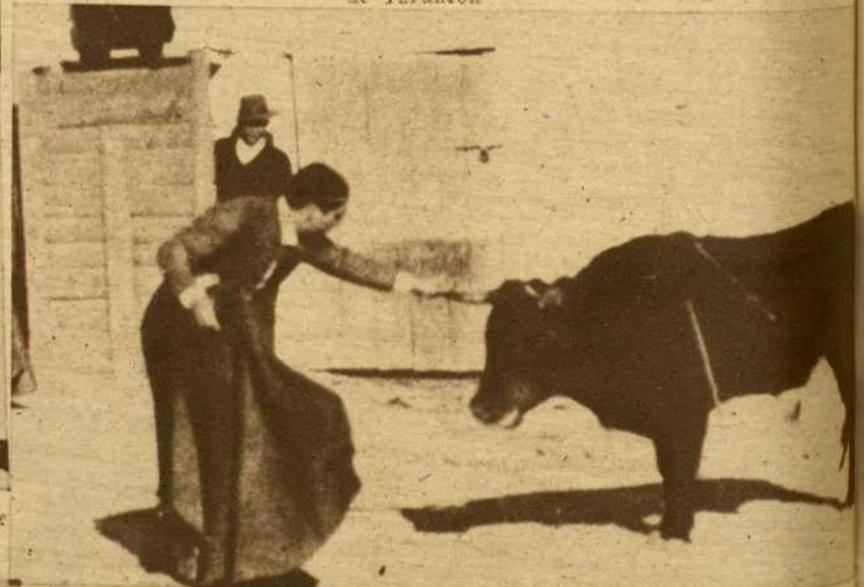
**FESTIVAL BENEFICO  
VICENTE BARRERA, PEPE BIENVENIDA  
Y EL ESTUDIANTE**



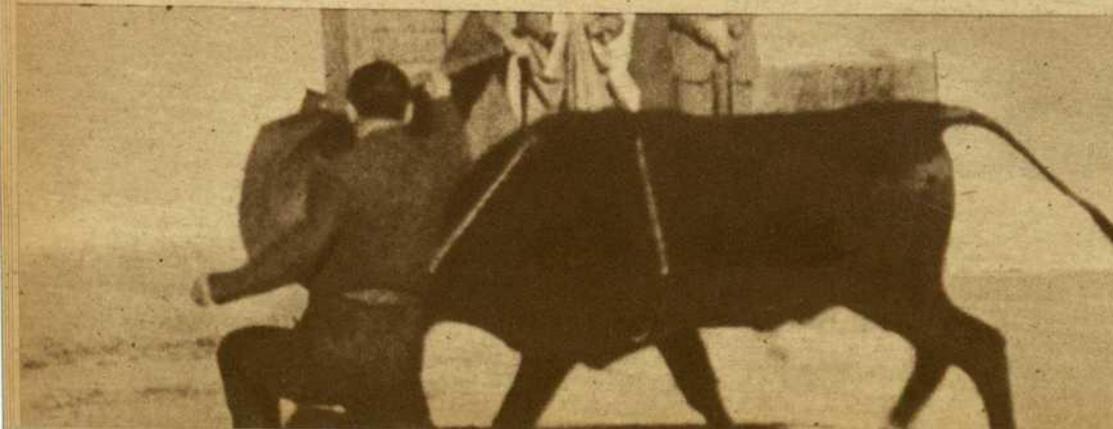
Arriba: Las cuadrillas haciendo el paseillo.—Abajo: Vicente Barrera en un muletazo de rodillas

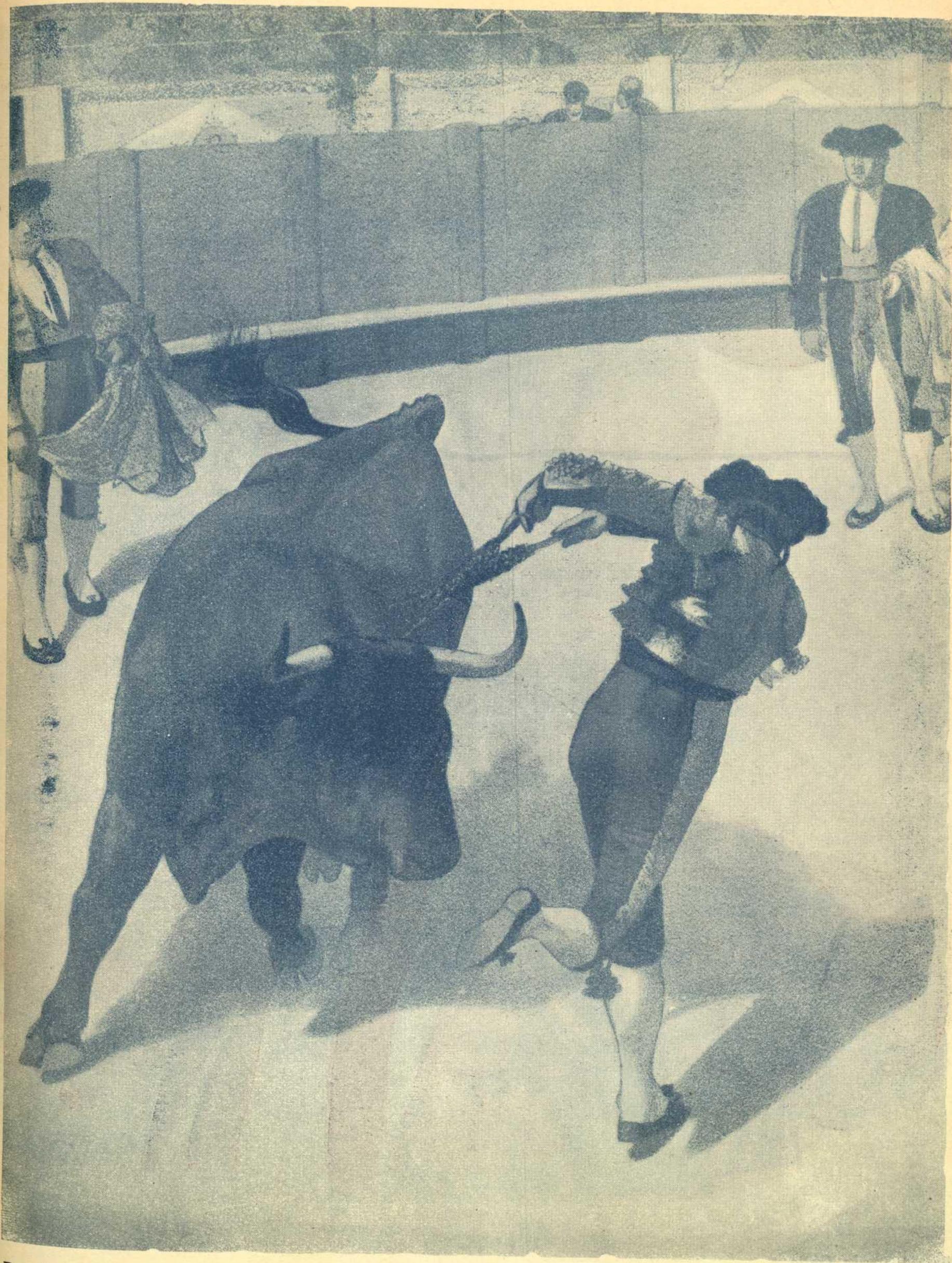


Vicente Barrera toreando por verónicas a su novillo, en el festival de Tarancón



Arriba: Pepe Bienvenida adornándose después de su faena de muletazo.—Abajo: El Estudiante corre la mano suavemente en un pase con la derecha en redondo. (Fots. Marl.)





De sobaquillo.  
(Dibujo de Perea)



Rafael Gómez, Gallo.

De copadillo.  
(Café de Pasa)